

CAZANDO INSECTOS EN EL PLANETA OKON

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

CAZANDO INSECTOS EN EL PLANETA OKON

Título Original: *Cazando Insectos En El Planeta Okon*

Colección: La Conquista Del Espacio 530
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

Hammund tenía los ojos enrojecidos, se había bebido casi una botella de galactic-whisky.

—Su tarjeta de crédito y mesa, por favor —exigió la bocina parlante de la máquina cobradora del casino.

—No te fastidia…

Frente a la máquina que cobraba a través de las tarjetas de crédito, Hammund vomitó una carcajada.

—¡Yo tengo dinero para gastar, mucho dinero, y dentro de poco tendré más, mucho más!

Hammund introdujo la tarjeta de crédito en la ranura de la máquina cobradora. Tras él, dos parejas más parecían tener prisa en marcharse y le observaron con cierto reparo.

—Correcto, puede salir. Correcto, puede salir.

Se encendieron unas luces verdes y la puerta de duro-cristal quedó abierta para él.

—¡Adiós, parejas, que os vaya bien la gozada! —Y volvió a reírse.

Hammund estaba drogado y se le notaba; por ello, ninguno de los dos hombres trató de decirle ni hacerle nada, se limitaron a verle marchar casi dando tumbos.

Salió al área de parking y allí se enfrentó con un modelo viejo, casi destartalado, de atom-hovercraft. Puso su pulgar y la puerta se abrió automáticamente pero gruñendo.

—Menudo cacharro que tengo —se dijo, riendo—. Pero tu mala suerte se acabó, Hammund, se acabó. Antes de mil horas tendrás el mejor carro que hayas podido soñar, línea superaerodinámica, seis metros de largo y conducción automática y seré más veloz que nadie.

Puso el atom-hovercraft en marcha y pudieron oírse los mil ruidos

que le delataban como un carro añoso, muy cercano al cementerio de vehículos ya sólo aptos para chatarra.

Conectó la música y se puso a cantar. En dos ocasiones estuvo a punto de colisionar hasta que un vehículo policial, haciendo sonar su sirena y relampaguear sus luces, le interceptó, obligándole a detenerse.

—¿Qué ocurre, oficial? —preguntó, tras bajar el cristal.

Los agentes, con las cabezas protegidas por sus correspondientes yelmos, a prueba de disparos y golpes, le miraron, inquisitivos.

—¿Qué le sucede? Ha estado a punto de colisionar.

—El auto-radar no funciona bien, a veces se para un poco.

—Su tarjeta de circulación.

—Ah, sí, oficial, cómo no.

Hammund entregó su tarjeta de circulación. El oficial la introdujo en la ranura del controlador que tenía en el salpicadero de su vehículo y que le unía por ondas a la central de datos.

—Está correcta.

—Ya se lo decía yo, oficial.

El agente se seguridad, que sostenía la tarjeta en su mano, sacó de su bolsillo un lápiz electrónico y puso un signo en mitad de la tarjeta.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Hammund.

—Dentro de ciento cincuenta horas tiene que llevar este vehículo a revisión de seguridad. Ya sabe, tiene doscientas horas para ponerlo todo a punto. Si en la revisión falla algo, será retirado de la circulación y convertido en chatarra.

El vehículo de seguridad se alejó y Hammund masculló:

—¡Hijos de perra! —Luego, estalló en una carcajada—. No lo llevaré, me regodearé lanzándolo contra un muro ahora que no le funciona el auto-radar para evitar los trompazos. —Y continuó riendo.

Cualquiera, al verle y oírle, habría podido pensar que su grosera arrogancia venía dada por lo que había bebido y fumado, pero Hammund tenía planes, unos planes que, según él, iban a proporcionarle el dinero suficiente para salir de problemas.

Llegó a su hábitat, una *roulotte* cónica instalada en un área de viviendas trashumantes donde abundaban las *roulottes* cónicas en las que sobresalían las antenas de captación de ondas.

Detuvo su vehículo y entró en su hábitat que de base circular tendría unos diez metros de radio.

—Me venderé este cacharro de casa trashumante y me compraré un

chalet con las últimas comodidades en un área de ocio para tipos ricos como seré yo… Claro que sí, alguna vez tenía que salir de la miseria —gruñó, dándole un puntapié a un bote de plástico que saltó por los aires.

Conectó la pantalla mural de T.T.V. e, inmediatamente, apareció una mancha de color.

—¡Maldita sea, esto tampoco funciona bien!

Efectivamente, la pantalla tenía fuertes oscilaciones que trató de solucionar moviendo los mandos del control remoto, pero la pantalla gigante a color y en tres dimensiones, funcionaba cada vez peor.

—Tendré que avisar al dichoso técnico que cada vez que viene muerde con rabia mi tarjeta de crédito y me la deja hecha una sierra. Son unos ladrones y la policía no los encierra.

Mientras, fuera del área donde se agrupaban los hábitats trashumantes para personas sin un lugar fijo de residencia, otro vehículo moderno y poderoso acababa de detenerse.

Giano abrió un canal de telecomunicación y habló delante del micrófono.

—Giano habla a Sol, Giano habla a Sol.

No tardó en oírse la voz que surgió por el pequeño altavoz.

—Sol a la escucha.

—Lo tenemos localizado.

—¿Hay alguna duda?

—No.

—¿Seguro? —insistió la voz que venía de lejos.

—Seguro, hechas todas las comprobaciones. Además, comportamiento adecuado a lo que interesa.

—Adelante pues con «fase roja».

—«Fase roja» adelante, corto.

Giano insonorizó el vehículo para que no pudieran ser oídos desde el exterior con ninguna clase de aparato electrónico.

—¿Hacemos el trabajo? —preguntó Percy, uno de los tres hombres que ocupaban el vehículo.

—Sí.

—Es el momento adecuado —se sonrió Percy.

—Lampok, tú irás con él.

—De acuerdo.

Lampok era originario del satélite de Júpiter llamado Europa. Era un sujeto no excesivamente alto pero de una fortaleza singular. Su vello era

más que abundante, su rostro casi quedaba oculto por un pelaje oscuro que apenas le dejaba ver los ojos, la nariz y los dientes. Reía con notable facilidad y sus explosiones coléricas eran de temer.

—Haced un trabajo fino, que no quede ni rastro.

—No te preocupes, Giano, sabemos hacer esa clase de trabajos.

Giano era el jefe de seguridad de la *Strong Chest Limited*, compañía financiera que controlaba un buen número de industrias. Percy y Lampok eran dos de sus matones no inscritos en la plantilla oficial para que jamás pudieran comprometer a la importante *Chest Strong Limited.*

Giano manejaba el suficiente dinero para pagar a esa clase de individuos que matan por dinero. No eran los primeros y parecía que tampoco serían los últimos.

Giano tenía las manos sucias de sangre, aunque nadie podía acusarle de ello. El mismo, por su propia mano, cuando uno de sus matones a sueldo resultaba comprometido, lo eliminaba y así evitaba peligros para él y para la empresa que le pagaba, es decir, para el todopoderoso Neil Rianch, el multimillonario que tantos hilos movía en la Confederación Terrícola.

Percy tomó en su mano una caja que cabía en su palma y sonrió. También llevaba consigo una linterna y un cortador-soldador.

—Vamos, Lampok.

Giano lo vio alejarse. No se preocupaba, estaba seguro de que harían bien su cometido.

Percy y Lampok se introdujeron furtivamente en el área de hábitats trashumantes.

Allí, bien ordenadas, estaban las *roulottes* y vehículos hábitat completos. Los había de todas clases, marcas y formas. Incluso, algunos imitaban a las primitivas cabañas de troncos de madera que no eran tales, sino una imitación en plástico, ya que la madera resultaba demasiado cara para poder permitirse semejante lujo.

Llegaron frente al hábitat cónico de Hammund que podía ser enganchado tras cualquier vehículo y transportado a otras áreas. Junto a él, estacionado, se hallaba el viejo atom-hovercraft.

Lampok y Percy trabajaban en equipo.

Lampok cogió el atom-hovercraft por el frontal y lo levantó en parte. Percy aprovechó para introducirse por debajo con su cortador láser.

Abrió una compuerta que parecía hermética e introdujo la pastilla que llevaba consigo. La conectó con unos filamentos que tenía ante sus ojos mientras Lampok sostenía el vehículo alzado en parte.

El *cart* pesaba; pero Lampok apretaba los dientes para resistir más. Sabía que si lo soltaba, aplastaría a Percy que ya no podría salir de debajo del vehículo de panza plana y carente de ruedas, ya que se deslizaba sobre un colchón de supraelectromagnet negativo.

—Aprisa —masculló entre dientes, sin separarlos, como para no perder la fuerza.

—Aguanta un poco más.

—Aprisa o te sirve de tapa de ataúd.

Percy se apresuró a cerrar y luego rodó sobre sí mismo. Lampok había cedido y el vehículo, fue bajando. Al fin, lo soltó y se aposentó sobre el suelo de hierba artificial.

—Aprisa, vamos, pueden habernos oído.

Se alejaron corriendo entre varios de aquellos hábitats insonorizados.

Giano los vio llegar al vehículo y cuando estuvieron dentro, todavía jadeantes, les preguntó:

—¿Cómo ha ido?

Lampok se rio.

—Bien, bien, seguro que funciona.

—Nos podemos ir tranquilos —siguió riéndose Lampok.

—No nos vamos, tengo que ver el resultado por mí mismo.

—¿Qué dices, Giano? A lo peor sale mañana por la mañana…

—Aunque así sea.

—¿Tan importante es? —preguntó Percy.

—Si os queréis largar, podéis hacerlo. No lejos de aquí os puede recoger un *cart-taxi.*

—Nos quedamos. ¿Verdad, Lampok?

—Sí, será divertido verlo.

Su espera no fue más allá de una hora.

El vehículo de Hammund apareció en dirección a la salida. Su monofaro barrió el vial por el que se introdujo. Giano puso su vehículo de nuevo en marcha y lo siguió a prudente distancia.

—Ese, ése es —repetía Lampok, casi de forma infantil.

Un puente cruzaba el río. Cuando el vehículo de Hammund se hallaba en el centro del puente, sufrió una contracción. Giano había oprimido el botón de un disparador remoto.

El *cart* de Hammund se convirtió en una bola de fuego blanca cegadora que iluminó la noche durante breves instantes.

En el suelo quedaron restos casi irreconocibles que ni siquiera llegarían a entorpecer la circulación, ya que su altura no llegaba a los treinta centímetros y por aquellos viales, los *carts* circulaban a cincuenta centímetros de altura.

Imperturbable, Giano pasó por encima de aquella chatarra candente.

—Os habéis ganado unas copas —dijo, mientras llevaba a sus labios un cigarrillo de mentobacco.

El todopoderoso estaría a la espera y, sin duda alguna, quedaría tranquilo y satisfecho; Hammund ya no hablaría.

Conectó el telecomunicador especial y llamó:

—Giano llamando a Sol, Giano llamando a Sol…

—Sol te recibe.

Al oír la voz que esperaba, Giano soltó una bocanada de humo.

—El problema es ahora chatarra.

—¿Y su hábitat?

—Es una roulotte cónica.

—Que no quede nada, absolutamente nada.

Giano torció el gesto; cuando esperaba una frase halagadora, Sol pedía más.

—Está bien, regresaré allí, corto.

Percy y Lampok miraron preocupados a Giano que hizo girar su vehículo ciento ochenta grados al tiempo que decía:

—No ha habido bastantes fuegos artificiales por esta noche.

Media hora más tarde, sonaba la alarma en el área de hábitats donde decenas de familias o seres solitarios vivían de forma temporal.

Una *roulotte* cónica había estallado hasta quedar totalmente incinerada. El fuego no se propagó en derredor, pero todos los curiosos somnolientos que acudieron a ver los restos de la *roulotte* que había ardido después de estallar, se preguntaban si habría atrapado a alguien dentro.

—Ahora sí hemos terminado el trabajo por esta noche —dijo Giano, acelerando su vehículo para alejarse del lugar.

Ya de retorno a la metrópoli, pudieron ver a un vehículo de seguridad en el tráfico inspeccionando el puente donde un *cart* quedara convertido en apenas unos kilos de chatarra, todo lo demás había desaparecido.

En el cielo, imperturbable, seguían brillando las estrellas como si nada sucediera. El tiempo seguía.

CAPÍTULO II

—¿Crees que nos harán un buen encargo?

Campano estiró con la zurda las largas guías de sus bigotes oscuros. Siempre le brillaban los ojos, Campano era un hombre pletórico de vitalidad.

Ordi respondió:

—La *Chest Strong Limited* tiene dinero, mucho dinero en sus cajas de caudales.

—Sí, pero cuanto más dinero tienen, más regatean a la hora de pagar.

—Bueno, ya veremos. Hemos recibido el aviso de que quieren hablar con nosotros y hay que coger encargos o no vamos a terminar de pagar el crédito que nos concedieron para adquirir la cosmonave *Diamond*.

—Oye, ¿sabes si el Banco que nos concedió el crédito está bajo la influencia de la *Chest Strong Limited*?

—Me temo que sí.

—Hum, entonces nos van a pagar el mínimo.

—No llores todavía, si no sabes lo que nos van a pedir.

Los dos amigos llegaron al fantástico edificio de la *Chest Strong Limited.*

El edificio, en sus primeros cien metros de altura, era como una media circunferencia sin ventanas, tan lisa y recubierta de acero inoxidable que cegaba al mirarla.

Del centro de esta media circunferencia salía una torre circular de unos quinientos metros de altura, que semejaba clavarse en el mismísimo cielo. Era casi negra y giraba sobre un eje, de modo que, aunque se mirase desde una misma ventana, el paisaje siempre era cambiante.

Pero, quizá lo mejor era que en un kilómetro de radio no había absolutamente ninguna edificación más. Todo eran jardines, mimosamente cuidados y con una variopinta gama de verdes, por los que sólo se podía circular a pie, ya que nada más entrar en el área privada del vasto recinto, los vehículos se introducían en los subterráneos mediante rampas adecuadas. El estacionamiento estaba en diez plantas del subsuelo.

Tuvieron que pasar un control de seguridad. Vigilantes armados, utilizando un control por computadora, se aseguraban de que cada uno de los visitantes quedara completamente identificado y tuviese una razón clara y concreta para estar allí.

Cuando mostraron la tarjeta que les habían entregado, les asignaron una azafata especial que les invitó a subir en un ascensor de alta velocidad que ascendía por la parte exterior del impresionante edificio.

Campano silbó por lo bajo al pisar el alfombrado de los antedespachos.

—Esto es auténtico.

—Sí, de madera de ébano.

—Seguro que se la habrán traído del planeta Holding.

—Sí, tiene dinero para pagarse esa clase de caprichos —le respondió Jordi Brell por lo bajo.

—A lo mejor, nos encarga algo así.

—Quién sabe.

—Por favor, pasen. El señor Neil Rianch les está esperando.

El despacho del multimillonario superaba todo lo imaginable.

Maderas finas, arte del pasado y arte futurista, había allí una mezcla muy rara, pero hermosa. Sin duda alguna, había pagado a los mejores decoradores de la Confederación para que le instalasen aquel macro despacho que no tenía menos de quinientos metros cuadrados, podía circularse en vehículo dentro de él.

El multimillonario les esperaba tras su amplísima mesa de control, junto a los ventanales desde donde se dominaba un grandioso panorama.

En el centro del despacho, un acuario circular que iba del suelo al techo encerraba una maravilla de peces polícromos, que se movían al compás de una música que se les inyectaba en el agua a través de un altavoz subacuático.

—¿Cuál de ustedes es Jordi Brell? —preguntó el multimillonario, un hombre alto, de abundante cabello rizado de color gris. No era ancho de

hombros, pero sí de cintura, era como si estuviera embarazado de ocho meses.

—Yo soy Jordi Brell y éste es mi socio Campano.

—Bien. —Adoptó la postura suficiente del que se sabe más poderoso—: He oído hablar mucho y bien de usted, Jordi Brell.

—¿He de dar las gracias?

—No, no es necesario. Tengo su ficha y sé que usted estuvo al servicio de las milicias espaciales con la graduación de mayor, y me preguntó: ¿Por qué solicitó la excedencia?

—Quizá porque me gusta ser libre. La milicia requiere una disciplina permanente.

—La disciplina es buena.

—Eso lo dice usted porque quiere la disciplina para que los demás le obedezcan.

—Muy agudo. ¿Cree que yo no tengo disciplina?

—La que usted mismo se marca sin obedecer a nadie.

—Tiene razón, y me gusta que hable claro, Jordi Brell, muy claro. Estoy acostumbrado a que vengan aquí tipos que se creen importantes y que nada más llegar casi suplican y me llenan de halagos.

—La situación que usted les impone con sus millones es la que les obliga a humillarse. Si le exigieran por las buenas o por las malas contratos más justos, usted acabaría llamando a su guardia personal.

Neil Rianch se echó a reír; luego, dijo:

—La fuerza ha sido y seguirá siendo siempre la del poder del dinero. Quien tiene dinero, tiene fuerza, hombres a su servicio y ejércitos, si es necesario. Con dinero se compra y se domina todo.

—No siempre.

—¿Lo dice porque de vez en cuando aparecen tipos como ustedes que se ponen arrogantes y son capaces de despreciar un contrato?

—Creo que usted lleva al terreno personal el asunto que desea tratar con nosotros. Si hubiera sido un encargo normal para buscar o trasladar algo fuera de nuestro planeta, nos habría enviado a cualquiera de sus cientos de oficinas.

—Eso es cierto. Tengo a muchos empleados para que resuelvan problemas.

—Pero siempre hay problemas que desea solucionar por sí mismo.

—Así es, Jordi Brell, así es.

—Bueno, ¿nos dice en qué consiste el contrato? —abrevió Campano

—. Porque usted quiere contratarnos, ¿verdad?

—Sí, quiero contratar sus servicios.

—Recuerde que somos autónomos. Aceptamos contratos, pero seguimos siendo independientes, nosotros somos nuestros propios patronos —puntualizó Jordi Brell.

—Así se habla, socio —dijo Campano, haciendo brillar sus ojos. Pocos, muy pocos se atrevían a hablar de semejante forma al multimillonario Neil Rianch.

—Se trata de transportar a un lejano planeta a una expedición científica.

—¿Y esa expedición va a transgredir la carta magna de la Confederación Galáctica? —quiso saber Jordi Brell.

—Oh, no, por supuesto que no, pero no quiero que se hable de esta expedición hasta que obtenga resultados.

—¿De incógnito? —preguntó Campano.

—Por ahora, sí.

—Ha de decirnos algo más antes de que decidamos aceptar el trato.

—Así se habla, socio —le dijo Campano.

—Dos millones de helidólares.

—¿Has oído, socio? ¡Ha dicho dos millones de helidólares! —casi brincó Campano.

—Sí, lo he oído; pero no basta con que el precio sea alto.

—Desearía que sí —sonrió despreciativo Neil Rianch. Miró hacia el exterior a través de sus grandes ventanales, levantándose previamente de la butaca.

—Es posible que hasta sea un precio generoso —admitió Jordi Brell —, pero si no nos dice algo más.

—La expedición científica la formarán nueve miembros, aparte de ustedes, claro.

—¿Qué clase de científicos son?

—Pues, psicólogos, auxiliares para trabajos accesorios, biólogos, un médico y un entomólogo.

—¿Entomólogo ha dicho?

A la pregunta de Jordi Brell, el multimillonario respondió, volviéndose al mismo tiempo para mirarle a la cara:

—Sí, el entomólogo es mi hijo Peter. Estudia los insectos y es un sabio al respecto, aunque los demás no sepamos comprenderlo. Sacó las mejores calificaciones en la Universidad y ha obtenido varios

galardones por sus estudios.

—Lógico, el gobierno de la Confederación es muy duro con los estudiantes que obtienen calificaciones —observó Jordi Brell—. Su tarjeta de calificación les marca toda la vida para trabajos de baja cualificación, si no aprueba bien los estudios.

—Sí, no te dejan ocupar ningún cargo de responsabilidad sin los estudios apropiados y bien calificados por los catedráticos —dijo Campano.

—Mi hijo Peter tiene una asombrosa carrera por delante, pero precisa de más investigación y no debe ser molestado para nada. Sus intensas investigaciones le provocan continuas jaquecas que perturban su labor y quebrantan su salud. Ustedes deberán aceptar en todo momento las indicaciones del equipo médico que le acompaña.

—Si ése es todo el problema… —dijo Jordi Brell, encogiéndose de hombros.

Campano le miró y también se encogió de hombros, aunque luego preguntó:

—¿Y cuál es el planeta al que debemos viajar con esa expedición?

—Okon.

—¿Okon? —repitió Jordi Brell—. Eso está lejísimo, el viaje es muy largo. Ese planeta está recién descubierto.

Por su parte, Campano objetó:

—No viene en los mapas computarizados.

—Ustedes poseen unas tarjetas de alto coeficiente intelectual, son magníficamente aptas para viajes de explotación y no creo que tengan dificultades en llegar al planeta Okon. De todos modos, si el viaje se realiza sin ningún problema y siguen ustedes estrictamente las indicaciones del equipo médico, si regresan aquí y recibo un informe sobre su buen comportamiento, les pagaré el cincuenta por ciento de prima adicional.

Campano silbó de admiración.

—¡Tres millones de helidólares, eso sí es rellenar bien las tarjetas de crédito!

—Despacio, Campano —le atajó Jordi Brell—, habrá muchos gastos. Es preciso hacer algunas modificaciones en nuestra nave para habilitar nueve camarotes con todos los servicios.

—Yo había pensado en ello —les dijo Neil Rianch.

Tecleó en el receptor de la computadora, se encendió la pantalla y apareció un plano en distintos colores de la *Diamond-222*, la nave

propiedad de Campano y Brell.

—Veo que se ha informado.

A las palabras de Jordi Brell, el multimillonario se sonrió.

—Conozco hasta la última soldadura que tiene esa nave, qué tipo de robot utiliza y hasta la ropa interior que usan ustedes.

—¿Ah, sí? —le desafió Campano—. ¿Y de qué color es la mía?

—Hoy, amarilla; ayer, azul.

Campano parpadeó, incrédulo.

—Oye, socio, habremos de tomar medidas de contraespionaje, me temo que nos espían.

—Sí, eso me parece a mí también.

—No se molesten, son simples precauciones. Cuando un asunto me interesa, trato de que no se nos escape ninguno de sus hilos. Ah, mis ingenieros ya han proyectado habilitar su *Diamond-222* para mayor comodidad científica. Si no les molesta, pueden observarlo aquí en la pantalla.

—Si usted lo ha calculado todo, ¿para qué llevarle la contraria?

—Celebro que sepa aceptar las cosas, Jordi, para eso es usted un superintendente.

—Creo, Rianch, que podemos hacer el trato si paga un millón por adelantado.

—Un millón es mucho dinero.

—Dejamos nuestra *Diamond* en sus manos para que sus ingenieros y operarios la acondicionen. ¿No le parece suficiente garantía?

—De acuerdo. Déjeme su tarjeta de crédito.

Jordi Brell se la entregó. Campano vigilaba, suspicaz.

Neil Rianch la introdujo en la ranura adecuada de pagos discrecionales. Sonó un ruido apenas perceptible y luego sacó la tarjeta que devolvió a Jordi Brell.

—Ya dispone de un millón de helidólares. Podrá pagar sus plazos de crédito pendientes.

—Ese detalle también lo conocía, ¿verdad?

—Así es. Ya le he dicho que suelo controlarlo todo, absolutamente todo.

CAPÍTULO III

El equipo de operarios de la *Diamond-222* trabajaba meticulosa y ordenadamente con sus ingenieros al frente.

Ni Jordi Brell ni Campano habían puesto reparos a las modificaciones, ya que no afectaban a la estructura general ni mermaban en absoluto el poder de sus motores.

Parte de la bodega de carga había sido habilitada y de tal forma que el confort y la comodidad comenzaban a aparecer por todas partes.

—Oye, socio, cuando terminemos este viaje —le dijo Campano a Brell— nos podemos dedicar al transporte de turistas de lujo.

—Sí, la están dejando muy bien, va a parecer una cosmonave de alto standing. ¿Crees que sería interesante pasear a turistas de lujo por las montañas de hielo carbónico de Plutón?

—Sí, y si llevamos como azafatas a las dos chicas, mucho mejor.

—¿Qué chicas?

—¿No las has visto?

—No.

—Están por la nave. Llevan carpetas y una terminal de datos en sus muñecas, parecen inspectores de astropuerto.

—¿Y qué hacen aquí?

—Deben ser auxiliares y están de miedo. ¿Sabes si viajarán con nosotros?

—Pues, ni siquiera me han dado la lista de los que van a viajar.

—Ven, te diré dónde están.

Jordi siguió a Campano hasta una de las zonas de la cosmonave donde se estaban realizando las transformaciones. Los operarios altamente cualificados trabajaban ultimando detalles, no se dejaba nada al azar.

Allí, observando con su ojo polifémico, estaba el robot que pertenecía a la nave *Diamond* y que servía como auxiliar en trabajos pesados para servicios y ayudas en el exterior.

—¿Alguna novedad, Rigoletto?

—Todo en orden, todo en orden —repitió la voz de bocina del robot al que habían bautizado con el nombre de Rigoletto.

—¿Y qué es lo que va bien?

—Los humanos. Todo en orden, todos llevan identificación, todos llevan identificación.

—¿Correcta? —preguntó Campano.

—Afirmativo, afirmativo.

Campano miró a su socio y rezongó:

—¿Ya le has dicho que tendrá que trabajar más para preparar los alimentos y el servicio de policía en general?

—No, no lo he programado aún.

—Se va a quejar.

—No fastidies, sólo es un robot.

—A veces creo que es más que eso. ¿No has oído esa noticia de que ha habido algunos robots con excesiva capacidad para elaborar respuestas?

—¿Robots inteligentes?

—Sí.

—Bah, no son más que cruces biónicos que dan resultados sorpresivos pero irrepetibles.

—Esperemos que a Rigoletto no se le ocurra jamás tomar una decisión por su cuenta y riesgo y nos mande a hacer puñetas.

—Quizá algún día llegue la guerra entre los humanos y los robots humanoides, pero eso aún queda muy lejos. Ahora, se limitan a cumplir los programas para que les han preparado. Ah, allí están…

—¿Los robots?

—No, las chicas, y tenías razón, están muy buenas.

—Sí, sí, son muy lindas.

—Veámoslas de cerca —dijo Jordi Brell, caminando hacia ellas.

—Eh, espera, que hay para los dos —exclamó Campano.

Las dos mujeres les miraron con cierto recelo, debían estar acostumbradas a verse abordadas por los hombres con deseos de ligar.

Una de ellas, la que tenía los cabellos dorados, con unos ojos glaucos que atraían como si fueran diamantes azules, observó las

identificaciones que ambos llevaban en las casacas guerreras.

—¿Son ustedes los cosmonautas?

—Sí —se apresuró a asentir Campano, inflando su pecho como un pichón ante la paloma a la que pretende galantear,

—¿Jordi Brell y Campano? —preguntó de nuevo la rubia.

—Sí, sí, somos nosotros.

—¿Y ustedes, quiénes son? —preguntó Jordi Brell por su parte.

—Yo me llamo Wessy —dijo la morena de largos cabellos, con unos ojos oscuros y chispeantes que a Campano le parecieron supernovas.

La rubia de cabellos muy finos, pues más parecían una peluca de hilos de seda brillante, dijo:

—Mi nombre es Sophia.

—¿Formáis parte de la expedición que va a viajar en esta nave o sois simples inspectoras de obras?

Sophia aclaró:

—Formamos parte de la expedición.

—Yo soy ayudante médico —manifestó Wessy.

—¿Y tú? —preguntó Jordi Brell a la otra.

—Psicóloga.

—¿Y eso es para estudiar a los insectos? —se asombró Jordi Brell.

Las dos mujeres sonrieron entre irónicas y sarcásticas. La rubia Sophia dio unos pasos diciendo:

—Los insectos están en el refugio del entomólogo.

Las siguieron, ya que ellas no dejaban de andar y cuando vieron una de las confortables y acondicionadas estancias, silbaron de admiración.

El camarote, construido en una amplia zona de la bodega de la nave y que se comunicaba mediante una escalera con los camarotes del piso superior, era espacioso y estaba repleto de cajas con insectos pinchados.

Abundaban las mariposas de brillantes colores; pero a Campano le atrajo especialmente una colección de escarabajos en los que había ejemplares de distintas medidas, desde tres milímetros poco más o menos hasta veinte centímetros. Campano silbó al preguntar:

—¿De dónde han sacado a este escarabajo gigante?

Wessy miró interrogante a la psicóloga Sophia y ésta dijo:

—Es un espécimen mutado.

—¿Mutado? —preguntó ahora Brell.

—Sí, la mutación cromosómica comenzó con los antecesores inmediatos de este escarabajo.

—¿Mutado con bombardeo atómico?

—Sí, muy controlado, por supuesto.

—No harán esas pruebas a bordo de nuestra nave, ¿verdad? —inquirió ceñudo Jordi Brell.

—No, claro que no.

—No me gusta ese tipo de experimentos. Suelen conseguirse monstruos que, en ocasiones, son difíciles de controlar.

—No tema, no vamos a conseguir insectos gigantes —se sonrió y añadió—: Ya que usted les tiene tanto miedo.

—¿Qué espera que le conteste, que yo no temo a nada? —replicó Jordi Brell.

—¿De veras no teme a nada?

—Soy humano, no un dios. Puedo tener miedo como cualquiera y no me gustaría toparme con un enjambre de insectos gigantes ni con uno solo de ellos. ¿Sabe, en proporción, la cantidad de veces que un insecto como una hormiga o un escarabajo es superior a nosotros?

—Con exactitud, no lo sé; sin embargo, sí sé que comparativamente tienen mucha más fuerza que nosotros; pero, no tema, esta misión científica no busca crear monstruos.

—No estoy muy seguro de eso después de ver a ese ejemplar de escarabajo. Por cierto, ¿qué esperan hallar en ese lejano planeta Okon?

—No lo sé.

—¿No forma parte del grupo?

—Sí, pero como psicóloga.

—¿Y usted? —preguntó a Wessy.

—Como ayudante médico.

—¿Y qué nexo de unión hay entre un entomólogo y un grupo de médicos y una psicóloga?

—¿No cree que hace demasiadas preguntas? —le objetó Sophia—. Su cometido es trasladarnos al planeta Okon y luego regresamos a la Tierra, nada más.

—Oye, socio —dijo Campano, alzando y agudizando un tanto su voz —. ¿Por qué no les decimos a estas niñas que la *Diamond-222* es nuestra, pagada a crédito, claro, pero nuestra y no del multimillonario Neil Rianch?

—Creíamos que eran empleados del señor Rianch —dijo, en tono de disculpa, la psicóloga Sophia.

—Algo se me olvidó decirle al señor Rianch —gruñó Jordi Brell.

Sophia preguntó:

—¿El qué?

—Si cometen algún atentado contra la naturaleza del planeta Okon o si se dedican a crear monstruos por el mero placer de hacer aberraciones o con alguna oscura intención para el futuro, los dejamos allá y mi socio y yo nos volvemos con la cosmonave.

—Bien dicho, socio —apoyó Campano—. Luego, que envíen otra cosmonave a rescatarlos.

—¿Es una amenaza?

—Cuando nosotros decimos algo, lo cumplimos —añadió Campano en tono casi jocoso—. Claro que con las mujeres podemos hacer una excepción y llevárnoslas con nosotros en la cosmonave, así todos lo pasaríamos menos aburrido en el regreso.

—Me temo que son ustedes muy primitivos —opinó Sophia, altanera —. Pueden tener un coeficiente de inteligencia como se exige para el título de cosmonauta de primera especial, pero son primitivos.

—Si es porque nos gustan las mujeres —silabeó Jordi Brell— es una satisfacción no estar demasiado lejos de nuestros ancestros los *pitecantropus erectus*. Y por las formas físicas que tenéis vosotras —dijo, apeándoles todo tratamiento— tampoco estáis muy lejos. Caras bonitas, cabellos hermosos que despiden sensualidad, piernas largas y bien torneadas, bustos erguidos y…

—¡Basta! —cortó Sophia.

—¿Qué pasa, te molesta que te diga que eres bonita?

—Primitivos, a lo sumo no han pasado del siglo veinte. Sophia les dio la espalda para marcharse.

—¿Y tú también nos consideras primitivos, preciosa? —preguntó Campano a Wessy.

La chica morena alzó el mentón con ligera arrogancia, sin embargo, estaba a punto de aflorar una sonrisa de satisfacción a sus labios. Campano, al verla contonearse al alejarse de ellos, no pudo evitar exclamar:

—¡Vaya tambor! Como repicaría en él con mis dedos…

Jordi Brell volvió a examinar con atención el escarabajo de casi un palmo de altura. Sabía que los había grandes, pero no de aquel tamaño y si lo habían hecho crecer hasta veinte centímetros mutándolo cromosómicamente, ¿quién podía asegurar que no los harían crecer hasta un metro, dos o cinco de largo?

—¿Crees que quieren utilizar el planeta Okon como campo de

pruebas por si se les va la mano al hacer a estos bichitos?

—No lo sé, ya lo averiguaremos y si pretenden cometer alguna aberración, Rianch me va a oír.

CAPÍTULO IV

Campano se quedó vigilando en la cosmonave *Diamond-222* mientras Jordi Brell, en su vehículo atom-hovercraft, se dirigía al impresionante y no menos arrogante edificio de administración y oficinas generales de la *Chest Strong Limited* tras la que se escondía el nombre del multimillonario Neil Rianch que poseía por encima del setenta por ciento de las acciones de la compañía que a su vez controlaba multitud de pequeñas compañías.

De inmediato, le pusieron una azafata-guía que le condujo.

Jordi Brell caminaba con paso firme y fuerte, seguro de sí, y las empleadas de aquel complejo de oficinas le observaron al pasar. Jordi Brell era un ejemplar de hombre que llamaba la atención de las mujeres; a ello ayudaba su estatura de metro noventa y su aparente delgadez que no era tal si se observaba la anchura de sus hombros.

Neil Rianch le recibió en su despacho mientras atendía a varios de sus ejecutivos a los cuales despidió con un simple gesto al ver a Jordi Brell en la puerta.

Todos los ejecutivos miraron con atención al hombre que reclamaba la atención del multimillonario hasta el punto de obligarles a retirarse a ellos.

—Pase, pase, Jordi Brell.

Adelantó unos pasos hasta detenerse frente a la imponente mesa escritorio, llena de indicadores luminosos y cuatro pantallas de terminales de datos, tres de su propia empresa y uno general para las noticias.

—He recibido aviso de que deseaba verme.

—Así es.

—¿Problemas?

—No.

—¿Entonces…?

—Mañana es la partida.

—¿Mañana?

—Sí, al amanecer.

—¿Hay prisa?

—Todo está programado. Los operarios han terminado todos los arreglos y tengo noticias de que en la cosmonave no falta nada. ¿No es cierto?

—Por lo que respecta a mi socio y a mí, no falta nada; pero, ¿y ustedes?

—Todo nuestro equipo ya está a bordo.

—¿Y los miembros de la expedición?

—Llegarán a la cosmonave esta madrugada.

—¿Sus nombres?

—No se preocupe, ya los irá conociendo durante el viaje.

—No me gusta llevar a gente de incógnito.

—Pues hay dos personas a las que dejarán en paz y tranquilidad.

—¿Su hijo una de ellas?

—Exacto. Tiene mucho que hacer y no hay que molestarle; sus necesidades serán cubiertas por el personal auxiliar.

—¿Quién es el otro tipo?

—El profesor Halfter.

—¿Y qué pasa con ese profesor?

—Que no lo molestarán en absoluto. Espero que respeten mis órdenes.

—Dentro de mi nave no recibo órdenes.

—Pues, digamos mis indicaciones. El profesor Halfter viajará en el camarote que se ha habilitado para él y no será molestado para nada. Yo me mantendré en contacto con usted y con el equipo expedicionario por televideocomunicación. ¿De acuerdo?

—Correcto.

—Téngalo todo dispuesto para el despegue de madrugada.

—¿Y si falta alguien de la expedición científica que usted patrocina?

—No faltará nadie.

—De acuerdo, recibiremos sus mensajes; sin embargo, quiero decirle que si en ese planeta que yo desconozco y del que se tienen muy pocos datos porque está recién descubierto, aunque sé que está habitado…

—Por seres primitivos —puntualizó Neil Rianch.

—Los seres primitivos tienen los mismos derechos en su planeta que nosotros en el nuestro y no es legal, según la carta magna de la Confederación Galáctica, provocar mutaciones aberrantes en otros planetas.

—Está usted demasiado preocupado por esa misión científica, Jordi Brell.

—Será porque desconfío de los hombres con poder como usted.

—¿Por qué ese recelo contra los hombres como yo?

—Porque pienso que el poder se les sube a la sesera.

—¡Más respeto cuando hable conmigo!

—Yo no soy uno de sus empleados, Rianch, métaselo en la cabeza. Le hablaré ahora y siempre de igual a igual. Yo ofrezco unos servicios de transporte y usted los contrata, no lo olvide.

—Jordi Brell, me está usted provocando demasiado. ¿Sabe que podría comprar diez naves como la suya y contratar a otros tantos cosmonautas para hacer ese viaje?

—Si puede hacerlo, es usted libre.

—Está bien, no discutamos —trató de conciliar—. Parta mañana al amanecer, con discreción.

—Me gustaría saber por qué tanta discreción en esta misión científica que he de llevar al planeta Okon.

—No trate de averiguarlo, no le conviene.

—¿Quiere decir que si lo supiera podría sufrir algún percance?

—He dicho simplemente que no le conviene. Le estoy pagando más del doble de lo que le pagaría a otro por el mismo viaje; no haga preguntas y todos saldremos ganando. ¿De acuerdo?

—Está bien, pero dentro de la cosmonave, el comandante soy yo. Dígaselo bien claro a toda su expedición para que luego no haya malos entendidos.

—Sí, y cuando estén en el planeta Okon métase también en la cabeza que una vez fuera de la nave, usted no es el comandante de la expedición y por tanto no podrá decir nada.

Jordi Brell llegó a pensar que de nada serviría prolongar aquella discusión abandonar el despacho.

Por otra parte, debía aceptar que con un millón de helidólares quedaban cubiertos los gastos de aquella expedición y podría pagar los plazos del crédito de su cosmonave. El resto serían beneficios y no

deseaba pensar en ellos hasta que estuvieran bien metidos en el Banco, en la cuenta que tenían Campano y él.

Cuando tomó el ascensor para regresar al parking, se encontró a una mujer hermosa y provocativa. Lo cierto es que no había podido olvidarla desde que la viera por primera vez.

—Hola, doctora Sophia.

—No me llame doctora.

—¿Sophia a secas?

—Es suficiente.

—Pues, llámame Jordi.

Ella esbozó un mohín, como si estuviera dudando entre concederle confianzas o todavía no

—¿Te han comunicado que mañana es la partida? —preguntó Jordi Brell.

—Sí.

—¿Y no te gustaría divertirte antes un poco?

—¿Es que el viaje no va a ser divertido?

—Es posible que sí, pero por si acaso, hay que aprovechar la última noche que vamos a pasar en el planeta Tierra.

—Lo dices como si jamás fuéramos a regresar.

—Cuando se salta al espacio sideral, dejando atrás el planeta Tierra, jamás se sabe a ciencia cierta si se regresará. La galaxia está llena de cosas hermosas, pero también de peligros.

—¿Tu cosmonave no tiene un controlador de meteoritos?

—Sí, si lo tiene. —El ascensor se detuvo en la tercera planta del parking—. Pero hay más, mucho más que meteoritos en el espacio sideral.

—Imagino que tú debes conocer todos esos peligros si Neil Rianch, que podía haber escogido entre cientos de los mejores cosmonautas de la Confederación, te ha elegido a ti y a tu socio para confiarles a su hijo.

—Si nos ha elegido a nosotros es porque debe interesarle mucho. ¿No bajas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque mi *cart* está más abajo, en otra planta del subsótano.

—Es lo mismo, te vienes conmigo.

La cogió por el brazo y Sophia protestó al verse materialmente arrastrada por el hombre.

—¡Esto es un secuestro!

—Mejor un rapto.

—¿Por qué mejor un rapto? —preguntó ella mientras era arrastrada por el brazo fuerte del hombre que dedicaba su vida a explorar, a surcar los espacios interestelares.

—Porque en el rapto siempre hay una implicación sexual.

—¿Qué dices?

—Mira, allí está mi *cart*.

—No puedo ir contigo, tengo muchas cosas que hacer.

—Si se trata de meter en una maleta el tubo de pasta de dientes, no te preocupes, en la cosmonave hay mucha pasta de dientes.

No pudo evitar que la llevara hasta el vehículo que Jordi Brell puso en marcha de inmediato.

—¿Y mi *cart*? —preguntó la chica.

—Bah… ¿Dónde estará mejor guardado que en este parking lleno de vigilantes a las órdenes de tu patrono el multimillonario Rianch?

Salieron al exterior. Jordi Brell abrió la telecomunicación.

—¿Quién llama? —preguntó la voz de Campano, sonando dentro del vehículo con la misma nitidez que si viajara con ellos.

—Campano.

—Hola, Jordi. ¿Qué tal con el millonetis?

—Partimos al amanecer.

—¿Qué dices?

—Ponlo todo a punto. De madrugada llegarán los viajeros a la cosmonave y como ellos se han construido sus camarotes, no necesitarás hacer de mayordomo para distribuirlos.

—Está bien, repasaré los motores.

—Pruébalos, pero no subas el potenciómetro a más de dos punto cinco. ¿Entendido?

—Sí.

—Repasa todo el sistema de telecomunicaciones.

—Ya lo estoy haciendo y los técnicos del millonetis también lo han hecho.

—¿No se fían?

—Parece que no mucho, quieren una cosmonave a prueba de bombazo. Como tienen todos los planos, han llevado a cabo toda clase de revisiones. La verdad es que con esta puesta a punto y las mejoras que han hecho, nos hemos ahorrado cien mil helidólares por lo menos.

—Mejor. Bueno, yo volveré de madrugada.

—¿Quéeee?

—Tengo que hacer algunas cosas ineludibles.

—¡Lo que…!

Sophia intentó protestar, pero Jordi Brell le tapó la boca con una mano para que no siguiera hablando.

—¿Qué decías, está alguien contigo?

—Nada, nada, se trata de unos problemas que tengo que resolver con una inspección de crédito. ¿Sabes que tenemos que pagar unos impuestos?

—No fastidies…

—Qué le vamos a hacer, para eso está tu socio, para hacer las tareas enojosas. Hasta dentro de unas horas.

—Oye, si no llegas…

—Lo siento, hay parásitos en la telecomunicación. ¡*Ciao*!

Cuando hubo cortado, se volvió hacia Sophia que le miraba entre colérica y curiosa.

—Eres un cínico y como paradoja, también un mentiroso.

—Bah. Si le digo la verdad a Campano, hubiera dicho que él también deseaba salir, le gusta Wessy.

—Pues a Wessy no le puede gustar un hombre tan primitivo como Campano o como tú que te diferenciamos poco pese a que él es moreno y yo tengo el pelo cobrizo; que él mide unos centímetros menos que yo y tiene la cara diferente y las manos… Por eso, para distinguirnos con facilidad, él se deja bigote. Así, cuando nos miramos en el espejo, no tenemos el problema de preguntarnos si somos nosotros o estamos cambiados.

—Hablas como un drogado.

—¿Se ha puesto en funcionamiento las neuronas cerebrales de la psicólogo para hacer un diagnóstico rápido sobre mí?

—Si lo hiciera, resultaría demasiado triste.

—¿Me pongo ya a llorar?

—Eres imposible.

—Por cierto, si quieres despedirte de alguien, puedes hacerlo desde mi teléfono. —Señaló el aparato de línea general que había frente a ella.

—Tengo que despedirme de, de, de… —vaciló y al fin dijo—: No importa, ya me despediré en otro momento. Ahora, déjame en cualquier parte.

—¿Tienes un hábitat?

—Sí, claro.

—¿Compartido?

—No, es pequeño pero es mío.

—¿Y hay alimentos en tu frigorífico?

—Siempre hay alimentos.

—¿Qué te parece si preparamos una cena fría y luego nos vamos a un club de trivideoteca?

—No me gustan esos locales.

—Si prefieres un lugar de ocio, yo conozco algunos magníficos.

—Mi habitáculo está en un área residencial, allí tenemos de todo.

—Magnífico, dame la dirección.

—Si piensas que te voy a llevar a mi habitáculo, estás listo —dijo ella en plan mordaz, burlona, casi mordiendo las palabras.

—Bueno, si ése es todo el problema…

—Pareces muy convencido de que vas a cenar en mi *bungalow*.

Jordi Brell no respondió. Aumentó la velocidad de su *cart* y se introdujo en el vial general que llevaba en dirección sudoeste. A una veintena de kilómetros abandonó aquel vial para entrar en otro menor.

Poco después veían las aguas oceánicas, hermosas y brillantes al sol del atardecer.

Sophia lo miraba de reojo, preocupada.

El *cart* se salió del segundo vial para introducirse en el área residencial privada y circular por ella. Las parcelas poseían un césped color esmeralda y dentro de ellas se levantaban pequeños *bungalows* muy parecidos entre sí hasta que al fin se detuvo frente a la puerta de uno de ellos. Sophia lo miró, incrédula.

—¿Sabías que vivía aquí?

—¿A ti qué te parece?

—No lo entiendo. ¿Cómo lo has averiguado?

—No soy aficionado a la pesca, pero si tuviera que pescar truchas averiguaría cuál es el mejor río para encontrarlas y también el recodo donde están las mejores.

—¿Me comparas con una trucha?

—En todo caso, con una sirena; eres muy hermosa.

—Sigues siendo un tipo imposible. —Suspiró y adoptando una actitud resignada se apeó del *cart*.

Se acercó a la puerta de entrada e introdujo su placa de

identificación en la ranura correspondiente. De inmediato, se conectó el fluido eléctrico y se abrió la puerta sin que necesitaran empujarla.

El *bungalow* no era grande, de una sola planta, bien acondicionado y con gran pantalla mural de T.T.V.

—¿No hay dormitorio?

—No, el sofá es cama, se adapta automáticamente.

—¿Y dónde está ese botoncito?

—Olvídalo —le replicó ella con una sonrisa de suficiencia.

—Hum, desde aquí se ve bien el mar. Hay que llenarse los ojos de este azul verdoso; a partir de mañana, quizá tardemos mucho tiempo en volverlo a ver.

—Lo dices como un mal presagio.

—No sé por qué razón, pero creo que en este viaje al planeta Okon habrá problemas.

—¿Por qué?

—No puedo contárselo, a una psicóloga que trabaja por el salario que le paga el multimillonario Rianch.

—¿Quieres decir que si me cuentas lo que piensas iré a vocearlo al oído del millonetis como le llama tu socio?

—No, no creo que hicieras tal cosa, y, la verdad, tampoco me importaría.

—A lo peor, si hablas mucho, tendré que darte un diagnóstico profesional.

—¿Piensas que debo hacerme un psicoanálisis?

—Un psicoanálisis le va bien a todo el mundo.

—Dicen que el paciente se acaba enamorando de su psicoanalista. ¿Es cierto eso o sólo una especie de leyenda?

—Ocurre en ocasiones, porque el paciente suele ver en el psicólogo o psiquiatra al ser que desea ver.

—Comprendo. En ocasiones debe ser un poco engorroso sentirse madre de la que se ha enamorado su hijo. —Sonrió y se dejó caer en el sofá cruzando los dedos de ambas manos tras la nuca. Semicerró los ojos y en tono casi quejumbroso, dijo:

—Recuerdo que cuando era niño me enamoré de un hada mágica.

—¿Ah, sí?

—Sophia se sentó en el borde de la mesa, como dispuesta a tomar notas sin bolígrafo ni bloc y sin accionar ninguna tecla para una grabación.

—Sí, sí, era un hada mágica.

—¿Y qué te prometía?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Y cómo sabías que era un hada mágica?

—Porque me gustaba a rabiar y me decían que si era bueno se me aparecería ese hada mágica que había llegado de un lejano planeta para satisfacer mis deseos.

—¿Y cómo era ella?

—Pues, alta, rubia, ojos glaucos, piernas largas, senos grandes… Recuerdo que tenía unos pezones magníficos que yo quería coger.

—¿Con tus dedos?

—No, con mis labios.

—Ejem, puedes pasar por alto los detalles.

—¿Por qué? Si siempre se me aparecía desnuda.

—Será mejor que vaya a ver qué hay en el frigorífico. Si quieres algo con hielo… Creo que no vendría mal algo frío.

—Alguna vez lo he intentado y el hielo se funde.

Sophia se alejó para no tener que replicar más, ya que el hombre parecía tener respuesta para todo.

Después de cenar, la joven propuso acercarse a la playa para ver la puesta de sol y Jordi Brell aceptó, encantado.

Pasearon con los pies descalzos por la arena húmeda, no se veía a nadie en derredor. Los *bungalows* semejaban vacíos, no era un día festivo para estar descansando en aquel lugar.

Jordi Brell alargó su mano y rodeó la cintura femenina.

—Quieto o vas a tener que darte un chapuzón —le recomendó Sophia, con la misma actitud que si estuviera riñendo a un niño díscolo y travieso.

Jordi Brell se detuvo y la obligó a detenerse a ella. La hizo volverse y la estrechó despacio contra sí. La mujer no parecía temerle, los ojos le brillaban intensamente y sus labios estaban húmedos, entreabiertos.

—Tú no tienes a nadie que te bese, ¿verdad?

—¿Y tú sí?

—Ahora, sí.

Sophia aguantó el beso en principio; mas sus labios se sensibilizaron tanto que acabó entregándose a la caricia plenamente.

Las rodillas de ambos se doblaron y la arena continuó siendo húmeda mientras las olas, muy planas, rompían casi silenciosamente

muy cerca de ellos, como tratando de participar en el gozo del encuentro entre un hombre y una mujer.

CAPÍTULO V

—¡Por todos los meteoros apocalípticos! —exclamó Campano—. ¡Si te descuidas, tengo que poner en ignición la cosmonave yo solo!

—¿Están todos a bordo?

—Eso me han dicho.

—¿Quién?

—El jefe de seguridad.

—¿Jefe de seguridad? —se asombró Jordi Brell.

—Sí; por lo visto, la expedición lleva un jefe de seguridad. Es un tal Giano, parece un tipo duro, yo no pienso fiarme de él.

—Vaya, no conocía ese extremo. Creí que todos serían sabios más o menos retorcidos, con insectos saliendo de sus bolsillos.

—¿Y las chicas también?

—Ellas son un poco diferentes.

—Me han dado la lista de los que han llegado.

—A mí también, pero no sabía que ese Giano fuera jefe de seguridad.

—Pues no viene sólo como agente de seguridad.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay otros dos tipos a sus órdenes, un tal Lampok y otro que se llama Percy.

—¿Tres sobre nueve?

—Sí. Seis forman la expedición, estos tres son la escolta y van armados.

—Eso no me lo había dicho.

—¿El millonetis?

—Sí.

—¿Y por qué, por qué has tardado tanto?

—Nada, unas lecciones de psicología, no sé bien como tratar a un entomólogo.

—¿Al niño del millonetis?

—Claro.

—Supongo que no tendremos que llamarle «majestad» —se rio Campano.

—No faltaría más. Por cierto, ¿cómo es?

—Ni idea, no lo he visto, va con muchos secretos. Cierran las puertas. ¿Sabes qué me ha dicho ese Giano?

—Si no me lo dices…

—Pues, que no haga preguntas y me dedique a lo mío, es decir, a tripular este cacharro. Le ha llamado cacharro a una *Diamond-222*, vaya herejía.

—Está bien. Tú, por si acaso, ten cerca algún arma.

—¿Crees que habrá pelea?

—No lo sé, pero si van tantos vigilantes de seguridad es que esperan encontrar problemas. Ahora hay que largarse de aquí; todavía es de noche, pero según mi cronógrafo, dentro de pocos minutos amanecerá.

Se acomodaron en las butacas anatómicas desde las cuales dirigían la cosmonave. Abrieron el interfono general para las comunicaciones en el interior de la cosmonave y todos los altavoces dejaron oír la voz de Jordi Brell.

—Les habla el comandante Jordi Brell. Vamos a despegar para iniciar el viaje. Si alguien tiene alguna objeción que hacer, que lo haga ahora llamando por cualquier teléfono a su alcance a la cabina de pilotaje.

No hubo ninguna respuesta.

Campano se puso en contacto con la sala de control del astropuerto y recibió orden de despegue.

La cosmonave avanzó, elevando su proa treinta grados por la amplísima y larga pista de despegue ascendente. Al final de la misma estaba el vacío, el acantilado, el mar con sus aguas perennemente hermosas.

La *Diamond-222* dejó la tierra y saltó al aire.

Un chorro ígneo y blanquísimo escapó por su cola mientras buscaba la ionosfera. Poco después, sin perder el tiempo en tomar órbitas, salió al espacio exterior venciendo sin ninguna dificultad la atracción terrestre.

Fue entonces cuando Jordi Brell, secundado por Campano, dio a la cosmonave toda su fuerza impulsora. Vieron la aguja del potenciómetro que se acercaba al arco rojo de «peligro».

—Cuidado, la temperatura se está elevando excesivamente —advirtió Campano mirando a su socio y amigo.

—Pon a tope la refrigeración del área de motores.

—Ya está. Si nos acercáramos ahora allí, quedaríamos reducidos a cenizas. Espero que uno de nuestros viajeros no se equivoque de puerta.

—No creo, notaría el calor nada más acercarse a ella.

—Sí, sería como meterse en un horno.

Jordi Brell vigiló los indicadores de presión y temperatura y el potenciómetro que reflejaba la fuerza que en aquellos momentos estaba desarrollando la cosmonave.

Campano dio un respingo cuando comenzó a notar unas ligeras vibraciones.

—Oye, Jordi, que esto se desensambla.

La tensión se reflejaba en el rostro de Jordi Brell que mantenía el mando de la cosmonave en su mente y en sus manos.

Al fin, cuando Campano comenzaba a palidecer pese a estar acostumbrado a que su socio pusiera la nave al límite,

Jordi casi dio un puñetazo sobre el gran botón de desconexión de motores.

Inmediatamente, la cosmonave dejó de vibrar. Campano suspiró y la refrigeración comenzó a hacer descender la temperatura, grado a grado.

—¡Ya está! Ha conseguido tres puntos mach-luz que bate nuestro propio récord.

—¿Quieres que nos desintegremos? ¡Esta cosmonave no está construida para semejantes velocidades!

—Nosotros se la sacamos, ¿no?

—Sí, pero algún día no vamos a contarlo.

—Eso reducirá el tiempo de viaje hasta el planeta Okon; pero, hazme un favor.

—¿Cuál?

—No hables de esa velocidad.

—¿No quieres que sepan cuándo vamos a llegar a Okon?

—Exactamente, que sea una sorpresa para ellos. Seguro que conociendo la cosmonave como la conocían, habrán calculado el tiempo ya que me han dado el itinerario espacial para que lo introdujera en la

computadora y el sistema automático se encargue de las correcciones.

—Bueno, ahora se trata de turnarnos en el control.

—Sí, Rigoletto se encargará de los servicios generales.

—Si pudiéramos ser como él, que no duerme —se quejó Campano.

—Ni le gustan las chicas. ¿Has visto a Wessy?

—Sí, pero sólo un momento. Si esa chica cree que va a aparejarse conmigo, va lista; pasarlo bien es otra cosa.

—¿No quieres una chica fija?

—No, no faltaría más, luego tendría que estar pendiente de ella todo el tiempo y eso me reventaría.

—O ella estaría pendiente de ti.

—Oye, Jordi, ¿es que te has propuesto perderme? Además, si viajan también ese Giano y los otros, es lógico que se fije antes en sus compañeros de equipo.

—Ahora, todos los que viajamos en la cosmonave formamos un solo equipo.

—Sí, pero ellos están unidos entre sí de otra forma, son asalariados del millonetis.

—¿Su hijo también? —inquirió Jordi Brell, sarcástico.

—Bueno, no creo que el hijo se preocupe de un salario. Si tiene buenas calificaciones, podrá heredar todo el dinero y el poder de su padre.

—Sí, porque si fuera un subnormal, el gobierno de la Confederación se haría cargo de toda su fortuna, aunque, eso sí, le mantendría bien cuidado hasta que reventara.

—Eh, Jordi, nos piden comunicación —dijo Campano, señalando el panel de telecomunicaciones que advertía con un intermitente en rojo.

—Veamos qué sucede.

Abrieron la telecomunicación y el intermitente rojo se apagó, dando paso al verde. En la pantalla de telecomunicación, tras unas pequeñas oscilaciones, apareció Neil Rianch acomodado frente a su amplísima mesa escritorio.

—Jordi Brell…

—Hola, Neil Rianch.

—La primera fase de este viaje ha comenzado bien. Los datos que me han proporcionado indican que no han tenido dificultades en el despegue y que han tomado un impulso muy fuerte.

—Así es. ¿Va a controlarnos a distancia?

—Ya le advertí que yo no dejaba nada al azar.

—En ese caso, podía haberse hecho construir una cosmonave totalmente automática para meter a toda la expedición dentro.

—Es más seguro dejarla en sus manos. Usted y su compañero son los mejores cosmonautas privados que existen en la Confederación Terrícola. Si surge algún problema, lo cual siempre es posible, sabrán resolverlo.

—Bien, ¿qué quiere que haga ahora, que le dé besitos a su niño el entomólogo? '

—No es necesario, yo tengo conexión directa con él.

—No me diga que en el camarote de Rianch júnior han instalado un emisor-receptor de video telecomunicación.

—Pues sí. Su cosmonave es buena, pero mis hombres la han mejorado en un cien por cien.

—¿Y cuando termine el viaje, qué harán, desmontarlo todo y llevárselo?

—No será preciso, pueden quedárselo. Siempre podrán utilizarla como una cosmonave de lujo. A su debido tiempo me comunicaron que faltaba bastante confort en la nave.

—Claro, no solemos llevar pasajeros tan acostumbrados al lujo; pero, a partir de ahora, mejoraremos.

—Seguro que sí. Hasta ahora todo ha ido muy bien, no vayan a cometer ninguna estupidez.

—¿No le han dicho nada más sus chivatos? —preguntó Campano sardónico.

—Ah, sí, que la cosmonave ha vibrado mucho, quizá sea culpa de algunos reajustes. Ya preguntaré a mis técnicos para que averigüen lo ocurrido.

—No hace falta que pregunte nada, sabemos muy bien los motivos —le replicó Jordi Brell.

—¿Ah, sí, y cuáles han sido?

—Había demasiados garbanzos en la alimentación. —Y cortó.

—Vaya corte le has dado, Jordi, se va a poner furioso.

—Sólo nos faltaba que a cada hora llame para preguntar cómo está su niño, el sabio de los insectos.

—¿Por qué no vamos a hacerle una visita?

—No es mala idea.

Se acercaron al área de los camarotes recién construidos, todo

resultaba nuevo para ellos dentro de su propia cosmonave.

Giano les cortó el paso.

—¿Adónde van?

—Vamos a visitar a Peter Rianch —dijo Campano.

—Déjenlo en paz, está descansando. —Al ver que los dos cosmonautas fruncían el ceño, añadió, con una sonrisa que quería ser de disculpa—: Siempre está inmerso en sus investigaciones.

—¿Por qué no dices que no quiere vernos? —rezongó Jordi Brell.

—Bueno, si lo ponen de esa forma…

—Está bien, si no quieren que les veamos, ni a él ni al profesor Halfter, que se vayan al diablo.

—No se van a molestar —dijo Giano.

—De acuerdo, no me meteré en los camarotes, me importa poco si estudia, duerme o defeca, pero si sucede algo anormal, si aparece algún insecto o detectamos una avería, intervendremos cómo y dónde sea.

—Si llega ese momento, será mejor que no se precipiten, tengo órdenes concretas —advirtió Giano, golpeando ligeramente la pistola que le colgaba del cinto.

Casi inmediatamente, aparecieron tras él Percy y el fornido y velludo Lampok.

—Os recuerdo que un solo disparo mal hecho puede hacer que todos nos vayamos a la mierda —recordó Jordi Brell sin ambages, de una forma cruda.

—Lo sabemos, no somos idiotas —replicó Giano.

—Pues, por la cara que pones, nadie diría lo contrario.

Giano endureció su expresión.

—Si hemos de viajar juntos, será mejor que no busquemos problemas.

—¿Qué sucede, Giano? —preguntó Sophia, apareciendo por una puerta.

—Nada, que ellos deben conocer que hay personas a las que debe dejar tranquilas.

—En esta cosmonave, el comandante soy yo y Campano es el segundo. Así son las normas según las titulaciones que poseemos, de modo que si tú desenfundas esa acción que yo lleve a cabo, por dura que sea, será legal.

—¿Legal? —Giano se rio sin miramientos, hiriente.

—Giano, será mejor que no hagas más provocaciones —le

recomendó Sophia.

—Yo no admito órdenes más que de…

Jordi Brell disparó su puño contra la mandíbula de Giano. Este, cogido de lleno, cayó de espaldas.

Cuando se revolvió para empuñar su arma, ya Campano había cogido por el cuello a Percy y le había apuntado con la pistola al caído Giano. Por su parte, el bajo y robusto Lampok vaciló, mas no se atrevió a actuar.

—Si te mueves, te dejo como una colilla de mentobacco.

—¡Malditos! —rugió Giano.

—Ahora, saca tu arma y déjala lejos de ti —le exigió Jordi Brell.

—¡Ni lo sueñes!

—Campano, si no entrega su arma cuando yo diga «tres», dispara contra él.

—De acuerdo, comandante, porque ahora eres el comandante y por tanto, la autoridad. Y luego, ¿qué haremos con las cenizas, lanzarlas al espacio?

Giano se quedó muy tenso, mirando a Percy que no sabía cómo disculparse por haber sido desarmado por Campano.

El jupiteriano Lampok estaba detrás, sin haber llegado a empuñar su arma. Era un tipo fuerte pero lento con las armas.

—Tienes tres segundos, Giano.

—No te atreverás.

—Dos…

—Yo cumplo órdenes —objetó Campano.

—No sea estúpido y entregue su arma —le recomendó Sophia, irritada—. Ellos son la autoridad durante el viaje. ¿Es que no conoce las armas?

Giano, maldiciendo por lo bajo, se quitó el arma y la apartó de sí. Jordi Brell la recogió. Giano intentó hacerle caer con sus piernas, pero se llevó una patada en la boca. Jordi Brell apuntó con su arma a Lampok y también le desarmó.

—No te hace falta para viajar. No quiero a bordo a nadie armado mientras yo sea el comandante. Ah, y no utilizaré las armas para ver qué cara tiene Peter Rianch o el profesor Halfter. Ahora, que los médicos de la expedición te curen la cara.

—Esto no lo olvidaré, Jordi Brell —silabeó Giano, amenazador.

—Me importa poco que lo olvides o no. Cuando lleguemos al planeta

Okon, ya os devolveré las armas, pero que no se os ocurra otra vez amenazar al comandante de la cosmonave. Vamos, Campano, revisaremos los controles.

Campano empujó al pequeño Percy y se unió a su socio. Ambos llevaban ahora las tres pistolas que acababan de arrebatar a los matones pagados por Neil Rianch.

CAPÍTULO VI

El robot Rigoletto, como elemento mecano-electro-biónico que era, resultaba infatigable.

Iba de un lado a otro de la cosmonave llevando y trayendo objetos, suministros, etcétera. Todos los camarotes eran atendidos por él, lo mismo que el servicio de comidas.

No se confundía jamás, se le pedía un menú y él lo servía con la bandeja en el camarote que se le había indicado, cada alimento a la temperatura deseada. Rigoletto controlaba también las temperaturas y aireación de las distintas estancias, sin embargo, no lo habían dejado entrar en dos de los camarotes.

—¿Por qué? —había preguntado Jordi Brell.

Sophia respondió:

—No sé, pero un robot biónico puede tener memoria y proyectar luego lo que ha visto.

—¿Tan importante es que no les vea? —preguntó, ya sarcástico.

—No quieren ser molestados.

A partir de aquel momento, Jordi ya no se preocupó más y comentó con su socio Campano:

—Tarde o temprano se descubrirá lo que llevan entre manos.

—¿Y qué crees que puede ser?

—Lo ignoro, no tengo ni idea, pero si están dispuestos a utilizar sus armas para proteger el secreto, será algo poco recomendable. De todos modos, nosotros no somos responsables de lo que hagan, ya que nos ha sido denegada toda información.

—Esperemos que no quieran crear una plaga de monstruos en el planeta Okon.

Luego, se volvió hacia la puerta.

—¡Rigoletto, mi café!

—Afirmativo, afirmativo, café oficial Campano, café oficial Campano…

El robot entró portando una bandeja en su mano. El café estaba frio, pero el robot lo rodeó con su mano-tenaza y se calentó instantáneamente. La cabina de pilotaje se llenó del agradable aroma del producto natural.

Hubieron de sortear una nube de pequeños meteoritos que apenas rozaron el fuselaje de la cosmonave, recalentándola, ya que la nube tenía varios millares de kilómetros de amplitud; mas, como estaba previsto, todo funcionó perfectamente y el viaje se realizó sin otros problemas.

—Ahí lo tienes…

Sophia miró a través del gran cristal panorámico de la cabina de pilotaje.

—¿Okon?

—Sí.

—¿Cuál es?

La muchacha trataba de identificarlo entre las miríadas de puntos que daban belleza al negro impenetrable del espacio galáctico.

—Fíjate en ese punto diminuto que tiene muy poca luz y no brilla como los otros.

—¿El que está como formando un vértice del triángulo con las estrellas más brillantes?

—Sí, ése es, ahora verás…

Conectó la pantalla con la telecámara de aumento y se vio el planeta Okon, de un color azul verdoso. Se podía ver grande como una pelota de ping-pong, pero el hombre aumentó la potencia de la lente y el planeta se fue agrandando hasta ocupar casi toda la pantalla.

—Parece hermoso.

—¿Es la primera vez que sales del planeta Tierra? —quiso saber Jordi Brell.

—No, en otra ocasión ya estuve en la Luna y en Marte, aunque ya sé que eso es lo mismo que no salir más que a la esquina de casa comparado con este viaje interestelar.

—Bueno, pues dentro de tres horas habrás llegado a un mundo que es casi totalmente nuevo para los terrícolas. Por los informes que tengo, sólo han pasado algunos exploradores tomando muestras, nada más.

—¿Tres horas, tan pronto? Creí que aún tardaríamos entre treinta y cuarenta horas.

—Sí, es el cálculo normal que podría darte una computadora sobre las bases de la velocidad crucero de esta cosmonave, pero Campano y yo la hemos hecho viajar más aprisa.

—¿Lo saben los demás?

—No, y te ruego que no digas nada, ya se enterarán.

—Pero, deben de saberlo.

—Bah, habéis estado tanto tiempo con misterios que una sorpresita no os irá mal, aunque para ti ya no lo es.

—Gracias, Jordi.

—¿Por haberte mostrado el planeta y decirte que estás llegando?

—No.

—¿Entonces…?

—Por no haber tratado en ningún momento de sonsacarme. Soy consciente de que podías haberlo intentado en nuestros encuentros. Ni tú ni yo podemos negar que nos atraemos mutuamente.

—Hasta el punto de gozar amándonos.

Los ojos femeninos brillaron, recordaba su encuentro en el *bungalow* en el que habían pasado unas horas inolvidables.

—No podía utilizarte, hubiera sido una cobardía por mi parte.

—Te lo agradezco. Sé que estás interesado en saber lo que se trama y que podrías utilizar alguna artimaña para enterarte, pero no la has empleado conmigo.

Jordi Brell alargó sus manos. La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí, estrechándola con tanta suavidad que parecía que ella fuera una muñeca que pudiera romperse.

—Me gustas, Sophia, y espero que haya otra ocasión para…

Ella le tapó la boca con sus dedos, cariñosamente.

—La habrá, pero no te precipites.

Inclinó la cabeza y le besó en los labios. Jordi Brell la dejó hacer y luego preguntó:

—¿Este es el tratamiento que me diagnostica la psicóloga?

—Te diré algo que puede tranquilizarte.

—Soy todo orejas.

—En el planeta Okon no vamos a realizar nada, absolutamente nada perjudicial para nadie. Si así fuera, te lo habría dicho, porque sería idiota si no me hubiera dado cuenta de que eres honesto y que luego

reventarías si descubrieras que has sido utilizado por Neil Rianch para una marranada, y perdona la grosería.

—Bueno, si me lo dices tú, me lo creeré. La verdad es que había pensado interrogar a Giano, Percy y Lampok, pero he pensado que ellos, como matones, era muy posible que sólo conocieran una parte de la verdad y que de nada serviría presionarles.

—Has hecho bien, porque nada saben.

—¿Quién es el que lo lleva todo, el profesor Halfter?

—No hagas preguntas, por favor, no las hagas. Sentiría no poder responderte.

—En realidad, ya no me has contestado. Está bien. —Suspiró—. ¿Sabes? Mi camarote está cerca y…

—No.

—¿Y si en ese planeta tenemos problemas y luego no…?

—Pues no.

—Eres despistada conmigo —bufó.

—Yo, como tú, deseo repetir lo que ocurrió en mi *bungalow*, pero…

—¿Me tienes miedo?

—Un poco.

—¿Para ti un solo hombre?

—Sé que muchas practican el constante cambio de pareja, pero yo prefiero asegurarme.

—¿De qué quieres a un solo hombre?

—Y de que ese hombre querrá a una sola mujer.

—Acaparadora.

—Puede ser, pero si no es según mis reglas, nada. ¿Comprendido? Absolutamente nada.

—¿Es un ultimátum?

La joven sonrió.

—Sí, ¿por qué no? Si tanto te intereso, aceptarás mis normas.

—¿Y se te digo que sí y luego no eres la única?

—Creo que, en esas circunstancias, la que se mostraría primitiva sería yo.

Ambos se abrazaron y se besaron mientras en la pantalla, el planeta Okon se veía cada vez con mayor nitidez.

CAPÍTULO VII

La cosmonave *Diamond-222* perforó la atmósfera del planeta Okon y descendió sobre su suelo en el punto previsto de antemano. Las coordenadas estaban en la memoria de la computadora de a bordo.

Dos científicos que formaban parte de la expedición resultaban parcos en palabras y rehusaron entablar conversación con los cosmonautas, cuando no se hallaban enfrascados en sus estudios, estaban jugando al ajedrez entre sí.

Giano, Percy y Lampok iban de un lado a otro, reflejando su animadversión hacia los dos cosmonautas sólo mirándolos, pues no buscaron más problemas, quizá porque habían recibido órdenes superiores.

Wessy y Sophia eran quienes se habían mostrado más amables con los dos cosmonautas que habían parecido aceptar su situación de meros conductores, sin intervenir en más.

—Oye, Jordi.

—¿Sí? —respondió a Campano.

—¿Crees que metieron también sus manos en Rigoletto?

—¿Por qué?

—No sé, a lo peor, en vez de espiarles, nos espía a nosotros.

Jordi Brell sonrió. El robot biónico estaba allí, cerca de ellos, como esperando órdenes. Su ojo electrónico se mantenía atento.

—¿Has tenido algún problema con él?

—No, pero creo que me mira demasiado y ya he visto que en dos ocasiones me sigue hasta la puerta del retrete.

—Será por si necesitas algo.

—Sí, ríete, pero como me sobre tiempo, lo desmonto para cambiarle los circuitos.

—Negativo, negativo —dijo el robot, y poniéndose en funcionamiento abandonó la estancia.

—Parece que ha comprendido tus insanas intenciones respecto a él.

—Si no fuera por lo caro que costó, diría que es un montón de chatarra. Hace demasiado ruido cuando camina. Por cierto, ¿bajaremos a estirar las piernas como vulgarmente se dice?

—Sí, claro. El planeta es totalmente apto para la vida humana, es más, tengo noticias de que ya existe, aunque en pequeña proporción teniendo en cuenta sus dimensiones y especialmente la cantidad de suelo firme con bosques y tundras.

—¿Qué tanto por ciento de área cubierta por aguas tiene?

—Muy poca, sólo un treinta por ciento aparente. En realidad, toda la tierra firme está surcada por millares y millares de pequeños ríos que forman un entramado que debe mantener una humedad constante.

—¿Crees que si me llevo a Wessy a pasear pondrá reparos?

—Ella, creo que no, le caes bien, pero ten en cuenta que forma parte de la expedición y ya sabes lo raros que son.

—Lo intentaré.

Poco más tarde, Jordi Brell veía la cara de Campano malhumorada. No había tenido suerte, Wessy había sido requerida para cumplir diversos trabajos que le encomendaran.

—Bueno, yo saldré a dar una vuelta. Estáte atento a las grabadoras de video. Si por las telecámaras ves algo especial, grábalo. Parece que no tienen prisa en salir de la *Diamond-222*.

—Eh, mira, piden telecomunicación…

Abrieron el canal de telecomunicación y, muy borrosa, apareció la figura de Neil Rianch que les habló despacio, seguro de que sería escuchado pese a que su voz llegaba lejana, muy lejana y con distorsiones.

—Jordi Brell, escúcheme bien. Voy a hablar yo solo ya que la distancia hace casi imposible poder mantener un diálogo por el retardo de las ondas. Tengo noticias de que han llegado bien al planeta Okon. Siga en la misma línea y no cree problemas. Deje a los expedicionarios trabajar en paz y no se inmiscuya en sus asuntos, cuando regrese, se congratulará de ello. Tres millones es una cifra magnífica, no haga una tontería que pueda hacerle perderla.

—¿Crees que merece la pena que le digamos algo aunque llegue la respuesta mucho más tarde? —rezongó Campano.

—No, no vale la pena —dijo Jordi Brell, cortando la

telecomunicación sin importarle que Neil Rianch no hubiera terminado de hablar.

Jordi Brell montó en su atom-hovercraft y abandonó la cosmonave. Si algo tenía que ocurrir, aunque lo llevaran con tanto secreto, acabaría descubriéndolo.

El cielo era azul, de tonalidad algo más oscura que en el planeta Tierra.

El espesor de la atmósfera era inferior, por ello, a distancia, el planeta Okon se veía de un azul verdoso debido a la gran cantidad de verdor que cubría su superficie, cuatro a seis veces superior a la del planeta Tierra en sus épocas de máximo esplendor de flora antes de que la Humanidad se empeñara en arrasar los bosques y valles con guerras y una contaminación atroz.

Jordi Brell había localizado algunos puntos habitados en el planeta mientras se acercaba a él.

No había querido decir nada a la expedición que se las arreglaba por sí misma. Después de todo, no le habían pedido información, posiblemente porque los datos que les hicieran falta debían conocerlos ya.

Se encogió de hombros; tres millones valían la pena, tampoco era ninguna humillación.

El punto donde habían tomado contacto con el planeta era una meseta de color gris brillante, rodeada de algunos picachos. Luego, había monte bajo y bosque, árboles grandes que llegaban hasta unos ríos amplísimos que convertían aquel lugar en una especie de isla grande, de unos veinte o treinta kilómetros de radio según se tomara la medición, ya que no era redonda.

Quiso ver aquella civilización de cerca.

Tenía tiempo libre y era una oportunidad para acercarse a ella con cuidado. Neil Rianch no le había hablado para nada de aquellas gentes, eran seres desconocidos para Jordi Brell que ignoraba cómo eran. Los indígenas de Okon no debían interesar a la expedición, entre otras cosas porque el lugar donde se habían aposentado y en el que parecía que iba a instalarse el campamento de investigación, estaba desierto de seres inteligentes.

Se introdujo por el boscaje. Su *cart* no tuvo dificultades en atravesar aquella vegetación espesa en la que debían de abundar los insectos, aunque Jordi Brell no vio ninguno fuera de lo normal. No comprendía el porqué de tanto interés en aquellos insectos.

Disminuyó la velocidad hasta llegar al borde de las aguas. La anchura de aquel caudaloso río de corriente visiblemente rápida sería de casi dos kilómetros, una anchura muy considerable.

El planeta Okon tenía pocos océanos, pero sus ríos eran abundantes y caudalosos. Si los seres que vivían al otro lado eran algo primitivos, tendrían muchas dificultades en cruzar aquella barrera física.

Para cruzar el rio, mantuvo la elevación de medio metro que era más que suficiente.

La fuerza supra-electromagnet N le mantenía en el aire sin provocar remolinos de viento como hicieran los primitivos vehículos hovercraft que se deslizaban sobre colchón de aire y se mantenían en alto por la acción propulsora de hélices movidas por motores de explosión.

Aquel viejo sistema había sido desestimado al incorporar la energía atómica a tales vehículos al descubrimiento de la energía supra-electromagnet N.

Cruzó el río sin ninguna dificultad, como si se deslizara sobre cualquier vial del planeta Tierra. Pudo ver grandes peces o cetáceos, no estaba seguro, saltando a flor de agua.

Cuando llegó al otro lado, atravesó por lo que parecía un sendero natural, quizá empleado por animales que se aproximaban al río para beber.

De pronto, se abrió el bosque y se encontró frente a la población de los habitantes de aquel desconocido planeta. Fue todo un espectáculo y una sorpresa para Jordi Brell, acostumbrado a la tecnología más moderna, al sometimiento de las leyes físicas que durante millones de años habían dominado al *homo sapiens*.

Las casas semejaban nidos de pájaros en áreas de santuarios forestales.

Gruesos troncos descortezados surgían de la tierra, verticales y muy rectos, hasta una altura entre cinco y diez metros, pues sus dimensiones variaban.

Los árboles del entorno eran más altos, pero por su distanciamiento no les privaban de las radiaciones de la estrella-sol que les daba vida.

Sobre tales postes estaban las casas de madera, semejando gigantescos pirulís. Unas eran cuadradas, otras totalmente circulares, aunque parecían bien hechas, no eran simples chozas. Había una artesanía muy meritoria en aquel lugar.

Alrededor de cada poste, a modo de escalera de caracol, había unos cilindros de madera o estacas clavadas por las que se ascendía a la casa

a modo de escalera. Eran muy verticales entre sí, no debía ser fácil trepar por ellos.

No había allí perros ni nada que se le pareciera. Todo semejaba vacío y el suelo en torno a las docenas y docenas de troncos verticales que eran el sostén de las viviendas, estaba limpio y recubierto de un césped de hermoso verde con unas florecillas amarillas y rojas.

Detuvo el *cart*. Contemplaba aquel lugar como algo inesperado, llenándose los ojos de cuanto veía y no le cabía duda de que era hermoso.

Daba la impresión de que había llegado a un poblado fantasma, mas, de súbito, de una de aquellas casas salió un ser de cabellos negros y largos. Vestía unas pieles hermosas en torno a la cintura y por sus pechos altos y redondos, Jordi Brell no tardó en observar que era una mujer que descendió con una agilidad increíble por aquella especie de escalera de caracol en torno al poste.

Cuando la mujer llegó al suelo con sus pies calzados con una especie de mocasines hechos también con piel, seguramente procedente de los animales que cazaban, miró el extraño vehículo y se acercó a él con gesto de curiosidad.

Jordi Brell se mantuvo quieto, le agradó constatar que la mujer no demostraba miedo.

Dejó que se aproximara al vehículo que la mujer tocó con cuidado. Pasó sus dedos por la finísima carrocería y tocó el cristal hasta acercar su rostro adonde estaba Jordi Brell, el cual sonrió.

Abrió el sistema de megafonía exterior para hablarle sin tener que salir del vehículo, pero bajando el volumen hasta el punto de que a ella le pareciera que le hablaban con normalidad.

—¿Me entiendes? Trato de hablarte…

La joven le miró a él primero y luego, en derredor. No le entendía, pero habló a su vez y sus palabras resultaron extrañísimas a los oídos del terrícola.

Jordi Brell pensó que aquella indígena no era peligrosa en absoluto y tampoco asustadiza. Siempre existía el riesgo de transmitirse mutuamente algún tipo de enfermedad que uno de ellos pudiera llevar latente y que no le afectara por estar ya inmune y al otro sí, sin embargo, decidió arriesgarse, confiando más en su propia asepsia que en la de ella, debido a lo primitiva que era y por primitiva, también hermosa.

Abrió la portezuela y salió afuera.

Ella retrocedió un paso, le examinó de arriba abajo y semejó medirlo con sus ojos. Jordi Brell era más alto que ella y podía decirse que formaban una excelente pareja.

La mujer no parecía dar mucho crédito a lo que veía y se acercó a él con cuidado.

Jordi, viéndole las manos desnudas y sin animosidad alguna, dejó que se le acercara más y más.

Ella le tocó el tórax, como buscando posibles pechos. Lo palpó y Jordi tuvo que contener la risa ante aquella divertida situación. Cuando se lo contara a Campano, no cabía duda de que se apresuraría a visitar aquel extraño y agradable poblado.

Se dejó palpar hasta que, de pronto, las manos femeninas se posaron sobre su sexo, oprimiéndoselo.

—¡Quieta! —protestó él, apartándole la mano.

Ella, ante la reprimenda que no entendía en idioma pero sí en expresión, retrocedió un paso. Luego, se abrió de brazos y lanzó un grito largo y agudo que a Jordi Brell le pareció de júbilo.

A aquel grito respondieron otros gritos igualmente agudos y femeninos, gritos que fueron surgiendo de todas aquellas casas en alto por las que comenzaron a aparecer mujeres y sólo mujeres.

Jordi Brell comprendió entonces que el júbilo podía transformarse en algo más, porque ¿qué ocurriría si todas deseaban saciar su curiosidad con el recién llegado como acababa de hacer aquella primera mujer joven y hermosa, pletórica de vitalidad y con una fuerza nada común en las mujeres terrícolas?

—Bueno, yo me largo —rezongó.

Mientras, las demás mujeres descendían por los postes, tocando apenas aquellos barrotes de madera colocados a modo de peldaños en espiral. Se movían casi como simios, con una agilidad que entre las hembras de la Tierra sólo podía encontrarse en las campeonas de gimnasia.

Cuando Jordi estaba a punto de encerrarse en el vehículo que, obviamente, le brindaba una protección, la mujer joven trató de impedir que cerrara su refugio.

Jordi Brell la rechazó con cuidado pero con firmeza y consiguió cerrar la portezuela. Ella ya no tuvo adonde agarrarse.

Pronto comprobó que su decisión había sido acertada, ya que varias docenas de mujeres jóvenes y fuertes se echaron prácticamente sobre el vehículo, como tratando de sujetarlo.

—Bueno, nenas, me voy —dijo a través del altavoz exterior mientras ellas seguían gritando, palmeando y hasta dando puñetazos a la carrocería del *cart*.

Jordi Brell lo puso en marcha elevándolo del suelo pese a que llevaba a las mujeres encima. Dando media vuelta, decidió regresar a la cosmonave, más ellas parecían dispuestas a retenerlo costase lo que costase, pues lanzaron cuerdas con las que trataron de sujetar el vehículo.

Para no dañar a ninguna de aquellas mujeres que sin duda alguna querían capturarle como un ejemplar precioso, hizo avanzar lentamente el *cart* pero con potencia, de tal modo que un par de sogas que las mujeres lograron lanzarle, sujetándolas a troncos de árboles, se rompieron, incapaces de resistir la fuerza de empuje del *cart* del terrícola, el cual llegó hasta el río. Ya sólo le quedaban dos de aquellas bravas mujeres cogidas al *cart*, negándose a soltarlo.

Tenía que quitárselas de encima… Atrás venían otras corriendo y por la pantalla retrovisora pudo ver que iban armadas con lanzas, arcos y flechas.

Sumergió el *cart* en el agua para obligar a las mujeres a desprenderse de la carrocería pues, de lo contrario, se hubieran ahogado. Luego, volvió a salir a la superficie y por encima del agua, sin tocarla, cruzó el río alejándose de ellas.

CAPÍTULO VIII

—¿Y dices que son hermosas? —preguntó Campano con los ojos muy abiertos y el paladar reseco.

—Sí, tanto como Wessy o Sophia, sólo que más primitivas y diría que también más fuertes y ágiles, acostumbradas a vivir en las casas que ya te he contado.

—¿Quién iba a decirlo? Un pueblo de amazonas en el planeta Okon…

—La verdad es que no he visto a ningún ejemplar de hombre.

—Pues, debe de haberlos, si no, ya me explicarás como reproducen.

—Sí, supongo que tendrás varones, pero allí no estaban.

—Podían estar cazando.

—Sí, quién sabe, pero te aseguro que ellas saben guardarse sólitas.

—Hum, tendré que ir a hacerles una visita.

—Ten cuidado, no debes dañar a ninguna de ellas, nuestra superioridad tecnológica nos lo impide. Sería un abuso inaceptable.

—No, si sólo trato de curiosear.

—Mejor sería que las dejaras en paz.

—Bueno, tú ya las has visto y yo tengo derecho a verlas, qué diablos. Wessy mucho sonreír y mucho prometer con los ojos y mohines de boca, pero todavía no, no…

—Ten paciencia, ellas no son un objeto de consumo para ti, debes saber comprenderlas.

—Grrr —soltó en tono de gruñido.

—Está bien, Campano, haz lo que te dé la gana, pero mejor sería que las dejaras tranquilas. Ellas viven allí en paz.

—Sólo será darles un vistacito. Por cierto, tenía que decirte algo.

—¿El qué?

—He captado imágenes de la expedición.

—No me digas…

—¿Quieres verlas?

—Ahora mismo.

Campano conectó la pantalla del videotape y, de inmediato, aparecieron Giano, Lampok y Percy, situándose estratégicamente en distintos puntos y mirando en torno suyo con cuidado.

—Llevan armas largas —observó Jordi Brell.

—Sí, nosotros tenemos sus pistolas, pero ellos llevan más armas, como si temieran un ataque.

—Posiblemente papá Rianch les paga bien para que su cachorro no sufra ningún percance. Debe estudiar insectos y estar bien protegido en todo momento.

—Mira, ahí salen…

Un hombre que caminaba medio encorvado y que llevaba en la mano un cazamariposas se adelantó a los demás como queriendo abarcarlo todo. Su cabeza se hallaba protegida por un casco con protector facial que impedía que se le pudiera ver.

Casi junto a él, corriendo para mantenerse siempre a su altura, iba Wessy.

Más atrás, caminando despacio, observando su entorno, estaba Sophia.

Los dos científicos, uno alto y el otro de estatura mediana, recio y con los cabellos casi blancos, hablaban entre sí.

El alto se inclinó para coger un puñado de aquella tierra gris brillante que mostró al otro que asentía con su cabeza.

—Ahí están todos menos uno —observó Campano.

—Sí, el profesor Halfter. ¿No ha salido para nada de su camarote? —preguntó Jordi.

—No, que yo sepa.

—¿Por qué se esconderá tanto? —preguntó Jordi Brell.

—No lo sé.

—Fíjate, Jordi, Peter Rianch va detrás de una mariposa…

Campano tenía razón. Gracias a la lente telescópica de la telecámara que en aquel caso había hecho de espía, pudieron observar como Rianch júnior corría con su cazamariposas detrás de un ejemplar de lepidóptero que por su color, tamaño y forma no parecía nada excepcional.

—Tiene aspecto de cretino. Actúa como si fuera un niño y no el sabio que se supone que es.

—¿Te das cuenta de que lo que hacen los demás es rodearle?

—Sí, el eje de esta expedición científica, o por lo menos de creer que lo sea, es indudablemente el hijo del multimillonario, el futuro heredero de la fortuna Rianch.

—Bueno, también está ese misterioso profesor Halfter, ¿no?

—Sí, y se me ocurre algo.

—¿El qué?

—Ahora sólo son dudas, tengo que averiguar algo más.

—¿Sobre qué?

—No te precipites. Campano, lo que haya ya lo sabremos. En atrapar mariposas o escarabajos no hay ningún misterio; si quieren que lo haya, será por algún motivo concreto que ya averiguaremos.

—¿Tienes algún plan?

—Será mejor que no te responda.

Campano volvió a mirar hacia la pantalla que ahora aparecía en blanco, la grabación había terminado.

Estaba seguro de que si Jordi Brell decía que descubriría el secreto, sin duda alguna terminaría por esclarecerlo, por muchos obstáculos que le pusieran.

—¡Rigoletto! —gritó Campano cuando ya Jordi Brell se había marchado.

El robot apareció en la cabina de control y pilotaje.

—Rigoletto presente, Rigoletto presente. —Se detuvo, enfocando con su ojo electrónico hacia Campano.

—Tú me acompañarás.

—Rigoletto misión asistencia y policía cosmonave, Rigoletto misión asistencia y policía cosmonave…

—¡Cállate!

—Afirmativo.

Y su bocina no volvió a oírse.

CAPÍTULO IX

Después de lo que había considerado su jornada de trabajo, larga y extensa pese a que le pagaban bien por sus servicios, Sophia no tuvo deseos de regresar pronto a la cosmonave *Diamond-222* para encerrarse en su camarote.

Pensó en Jordi Brell, más no fue a su encuentro porque se sabía vigilada por Giano, Lampok y Percy, tres individuos sin escrúpulos que en todo momento podían atacarla o contarle a Neil Rianch que ella no se había limitado a sus funciones.

Escogió pasear por el bosque cercano. La arboleda salvaje, aquellos árboles de especies desconocidas, la atraían con su verde mezclado de tonalidades ocres, rojas oscuras y hasta moradas.

Pensativa, no tuvo en cuenta que el planeta Okon estaba iluminado por dos estrellas-sol.

Una era la principal, la que le sometía a una traslación casi eterna en torno suyo, bajo su influjo, bajo su hegemonía ígnea y poderosa. La otra estrella no pertenecía al mismo sistema, pero se hallaba muy próxima y como era de grandes dimensiones, ejercía su influencia lumínica y calorífica, aunque en mucho menor grado y, por supuesto, no en todo el ciclo del año.

En aquellos momentos, parecía que la estrella-sol iba a durar mucho; sin embargo, se estaba hundiendo tras el verdor cambiante, de vastas tonalidades variopintas, mientras la otra estrella se mantenía en el cielo aunque con menor potencia.

Apenas sin darse cuenta, Sophia se encontró con una luz extraña, quizá parecida a una aurora boreal terrícola, una luz que le permitía avanzar e incluso leer si hubiese tenido algún libro en sus manos.

Miró al cielo y se dijo que aquella estrella tardaría mucho en caer hacia su derecha, que podía aventurarse más en su paseo solitario con el

que trataba de despejar su mente e hinchar sus pulmones.

Llegó a las inmediaciones del río y lo vio ancho, caudaloso, lleno de belleza.

Siempre era grato contemplar la naturaleza salvaje, una naturaleza no dañada ni modificada por los seres inteligentes.

La visión de las aguas la cautivó, brillaban como nunca las había visto brillar.

La hierba no estaba excesivamente húmeda, por lo que se sentó para saborear aquellos momentos de soledad frente a aquel río desconocido que por su amplitud recordaba a un mar.

Una y otra vez, acudió a su mente la imagen varonil del cosmonauta, alto y fuerte, de cabellos cobrizos con destellos metálicos que le hacían pensar en un mítico guerrero, un semidiós bajado del Olimpo.

—Estás loca, Sophia —se dijo—. Jamás te ha ocurrido nada semejante, jamás. Nunca has mirado a un hombre de esta forma, nunca un hombre te ha hecho perder la noción del tiempo, del espacio. Es como abandonarse en sus brazos y saltar a otra dimensión… ¿Qué puedo hacer yo?

Recordó con intensidad los únicos momentos en que había amado y gozado con Jordi Brell. Todo había sido muy rápido; sin embargo, no hubo precipitación por parte del hombre, ninguna precipitación. Le había demostrado que no era torpe ni estúpido en los placeres del amor.

Perdida en el tiempo y en aquel paisaje desconocido que le parecía hermoso y que ella sabía apreciar en su exotismo, en su color, en sus árboles tan distintos a los terrícolas, en la hierba silvestre, en las pequeñas flores, no se dio cuenta de que también había algo desagradable y maligno que si se descuidaba podía resultar mortífero para ella.

—¡No!

Al ver a aquel monstruo frente a ella, se asustó.

No era excesivamente grande, no caminaba sobre seis patas. Era palmípedo y al igual que algunos palmípedos terrícolas, sus dedos, unidos entre sí por membranas, poseían fuertes y terribles uñas que podían ser utilizadas para escarbar la tierra o desgarrar las carnes de sus víctimas.

Tenía una cola redonda y alargada. Si a algún animal terrícola se parecía, debía ser al varano o dragón africano, aunque poseía salientes sobre su cabeza y dorso que le daban un aspecto más espeluznante.

Aquel monstruo se detuvo frente a la joven, a unos tres o cuatro

metros de distancia.

Había surgido del río y chorreaba agua, lo que le hacía aún más repugnante. Tenía la boca medio abierta y unos colmillos agudos en sus puntas y gruesos en sus bases, bien aposentados sobre las encías.

Sin duda alguna era una bestia carnívora cuya fuerza no era fácil de calibrar, una fuerza diez veces superior a la humana.

Sophia ignoraba la rapidez de ataque que podía tener aquel monstruo dragón surgido de las aguas y que tendría un metro de alto por tres o cuatro de largo. Parecía grueso, muy grueso, por lo que cabía pensar que debía de consumir mu chas presas al día.

Sophia retrocedió sin perderle de vista.

Al oír otro gruñido, volvió la cabeza y observó que no era uno solo el monstruo que la rodeaba si no varios más. Pudo ver hasta cuatro y detrás de la vegetación, ¿cuántos ojos más la estarían observando? Ojos muy grandes, como puños de hombre y negros, muy brillantes. Eran ojos nocturnos, ojos apropiados para ver con poca luz.

Comprendió que su situación era más que desesperada. Iba a sucumbir entre las fauces de aquellas bestias carniceras que habían salido del gran río en forma sigilosa, tan sigilosa que las había descubierto cuando ya estaba rodeada.

Corrió por el lugar que le pareció le ofrecía una posible huida, más de entre el follaje surgió otra de las bestias.

Era más grande, más horrible, más rugosa, y la sangre semejó desaparecer del cuerpo femenino que quedó blanco y como helado.

—¡Nooo! —chilló al ver abrirse aquellas fauces armadas de letales colmillos desgarradores que la atacaban.

Un dardo rectilíneo y flamígero surgió de alguna parte, dando en la cabeza del dragón acuático que se iluminó como si le hubieran puesto delante una docena de focos de mil vatios de potencia cada uno.

Un segundo que en la mente de Sophia duró una eternidad y se tornó roja, luego negra y finalmente gris.

Cuando la bestia se desplomó, la mitad de ella acababa de reducirse a cenizas; el resto humeaba apestosamente.

Se revolvió.

Junto a un árbol, un hombre con el cráneo protegido por un yelmo, disparaba contra las alimañas, acertándoles plenamente en la cabeza.

Uno tras otro, aquellos dragones acuáticos fueron cayendo, incinerados. La caída de unos no hacía retroceder a los otros.

Sophia saltaba de un lado a otro tratando de escapar de las

dentelladas que mascaban el aire su cuerpo hermoso, su cuerpo de suave piel. Su agilidad y elasticidad evitaron que fuera destrozada por aquellos colmillos.

Vio caer a ocho de las bestias y antes de que el hombre corriera hacia ella, todavía con la pistola incinerante en su mano.

—¡Sophia! ¿Estás bien?

—¡Jordi, Jordi!

Se colgó en los brazos de él que no soltó el arma.

Mientras la abrazaba, Jordi Brell vio surgir de entre el follaje a otro de los dragones acuáticos, contra el cual efectuó su último disparo sin soltar a la mujer que temblaba convulsivamente.

El miedo aparecía ahora en forma de temblor, de náuseas, de desmayo. Antes, sus piernas se habían movido de un lado a otro evitando que los colmillos la alcanzaran y ahora que todo había terminado, sus rodillas se algodonaban, sus piernas perdían las fuerzas y caía, caía.

Sus párpados se cerraron, abandonándose totalmente a la protección del cosmonauta.

—Tranquilízate, Sophia. Estos han caído, pero es mejor largarse de aquí, pueden salir del río más bestias como ésas. Es posible que todo esto esté infestado. Ahora comprendo por qué las casas de las amazonas parecen pirulís y se hallan sobre lo alto de troncos.

—¿Qué dices?

—Nada, vamos, vamos.

La empujó hacia el interior, alejándose de la orilla del río. Luego, ya más tranquilos, en un lugar amplio y cubierto de hierba, con una temperatura agradable dentro de la penumbra reinante, le explicó, dejándose caer mientras jadeaba y sus pechos oscilaban al ritmo de sus pulmones:

—Al otro lado del río hay un pueblo de amazonas que vive en casas construidas sobre troncos. Son de difícil acceso e imagino que es debido a que no quieres ser sorprendidas por esos monstruos anfibios que surgen por la noche mientras ellas duermen. Arriba se sienten protegidas.

—Creía que me iban a despedazar.

—Y eso es lo que te hubiera ocurrido de no seguir yo tus pasos.

—¿De veras me seguías?

—Sí. Te he visto alejarte de la cosmonave y he pensado que podías correr algún peligro, un planeta desconocido siempre está plagado de

peligros. A través de la pantalla he observado que no llevas ningún arma encima para poder defenderte si tenías problemas. Por ello, he salido en tu seguimiento. Cuando he encontrado tus huellas, cosa que me ha costado por el exceso de hierba, he ido hacia ti. Entonces, he visto a esos monstruos anfibios.

—He sido una estúpida.

Sophia se inclinó sobre sí misma, cubriéndose el rostro con las manos.

—Cuando uno se ve por primera vez cara a cara con la muerte, ya no se olvida jamás. Si tienes deseos de llorar, hazlo, es posible que luego te evites pesadillas.

—Jordi, Jordi, creo que no soy justa contigo.

—¿Por qué?

—Sé que estás ansioso por saber de qué se trata la expedición y no te aprovechas de mí para sonsacarme, no lo haces y sabes que cuando menos, podrías intentarlo.

—No pienso hacerlo.

—No es ningún secreto profesional, bastaría con que le vieses.

—¿A quién?

—A Rianch júnior.

—Si me hablas en esa forma, siendo tu psicóloga, sólo puedo pensar que es un cretino.

Ella le miró sorprendida, con sus ojos muy abiertos cerca del rostro masculino que apenas estaba a dos palmos del de ella.

—¿Lo sabías?

—No.

—¿Entonces…?

—He visto como corría con el cazamariposas en la mano y me lo ha parecido. ¿Estoy equivocado?

—No.

—¿Muy cretino?

—Bastante. Su coeficiente intelectual está entre sesenta y cinco y setenta por ciento, considerando que la inteligencia normal se valora entre ciento y ciento diez.

—¿Cómo una criatura?

—Poco más o menos, caprichoso y aficionado a los insectos que es lo único que le divierte. Su padre, hace años, intentó quitarle la afición a las mariposas y a los escarabajos, pero Peter entró en una profunda

depresión y hasta dejó de comer, como un gorila encerrado. Por poco se muere y Neil Rianch sólo tiene a Peter como hijo y parece que ya no podrá tener más, por lo que cambió de táctica y decidió darle a su hijo cuanto deseara en su mentalidad infantil. Hizo que cazaran para Peter los mejores ejemplares de mariposas, escarabajos, moscas y otros insectos. Cada vez que le entregaban un nuevo ejemplar, el rostro de Peter se iluminaba.

—Qué sarcástica es la vida. El hijo del multimillonario y superinteligente Neil Rianch es un cretino, un hombre idiota cuya mente no ha rebasado la edad infantil y que persigue y colecciona insectos, no como un científico si no como algo que distrae a sus ojos y a su mente que quizá no sabrá ni contar las patas de un lepidóptero.

—Así es, ni contar sabe.

—¿Y hablar?

—Sí, pero con contradicciones y muchas torpezas. No es un cretino profundo, pero…

—Lo que no comprendo es como siendo un cretino es entomólogo. Es imposible. Nuestra civilización, científica y altamente tecnificada, no perdona a los subnormales. No les da titulación para cargos con la más mínima responsabilidad. Además, siendo cretino, jamás podrá heredar a su padre.

—Ajá, así lo puntualizan nuestras leyes relativas a la herencia. Si el heredero es incapaz por cualquier causa, toda la herencia pasa a manos del gobierno de nuestra Confederación que a su vez se encarga de cuidar al heredero por el resto de sus días, en un lugar apropiado y sin que le falte de nada.

—Y Neil Rianch no puede consentir que sus millones, amasados explotando al prójimo, pasen al gobierno, que su nombre desaparezca por falta de heredero. Su deseo subconsciente de inmortalidad, aunque sólo sea a través del apellido, de sus millones, de su descendencia, se viene abajo.

—Así es y esto ha ocasionado más problemas a Neil Rianch que ninguno de sus negocios. Tiene una obsesión casi patológica por recuperar a su hijo y que pueda ser su heredero.

—Pero, ¿cómo han podido titular a un cretino, a un ser idiota que es incapaz de contar con simpleza y escribir su propio nombre?

—Lo ha ocultado a todos.

—Con sobornos, claro.

—Así es o, por lo menos, lo supongo. Un día, Neil Rianch me lo dijo

bien claro: «Con el dinero se compra todo, absolutamente todo», y comprendí que había sobornado a maestros, profesores, catedráticos y funcionarios.

—¿Y no hubo nadie que no se dejara comprar?

—Si lo hubo, mucho me temo que Neil Rianch supo quitarlo de en medio.

—¿Crees que ha llegado a asesinar a quien ha considerado que podía vocear su secreto?

—Eso jamás me lo ha dicho, pero conociendo a Giano, Lampok y Percy…

—Comprendo, no te extrañaría, esos tipos tienen cara de sicarios.

—Ya son muchos años ocultando la tragedia de su hijo, el idiota que no podrá heredar. El imperio Rianch se vendrá abajo, desaparecerá, y así está escrito en nuestras leyes.

—Sí, unas leyes que son duras según ese multimillonario; sin embargo, aún debieran serlo más —opinó Jordi Brell.

—¿Más?

—Sí. Heredar un imperio es hacerlo mayor y cuanto mayor sea un imperio, más aplasta a los que caen bajo su bota. Es como una gran bola de nieve; cuanto más gorda y más velocidad lleva, más imparable y arrasadora es.

—¿Estás en contra de la ley de herencia?

—Sí, creo que con lo justo y los recuerdos personales sería suficiente. La herencia de las fortunas es un peligro. Además, el heredero tampoco suele ser libre, se le manipula, se le condiciona. En realidad, se le moldea para que se parezca el máximo al que deja la herencia y que así busca su propia inmortalidad. Peter Rianch, en vez de ser libre y feliz cazando mariposas en un lugar donde no tenga que ocultarse, donde no necesite cubrirse la cabeza para que no descubran su cara de cretino, está aquí. ¿Qué pretende Neil Rianch trayéndolo al planeta Okon?

—Según unos últimos descubrimientos, existe una hipótesis, con bastantes posibilidades de ser cierta, de que el suelo con los minerales que existen en este lugar y mediante un tratamiento combinado de microondas que aumentan la capacidad de enlace de los iones de calcio en las membranas de las neuronas…

—A través de tu jerga científica creo entender que lo que quieren es recuperar la mente subnormal de Peter Rianch.

—Exactamente.

—¿Y tú crees que lo conseguirán?

—Lo ignoro. Mi misión es observar los posibles cambios y avances de Peter, estudiarle y hacerle constantes *tests* a modo de juegos a ver si prospera. Yo soy su psicóloga, Peter me tiene confianza.

—¿Y los demás?

—Wessy es su cuidadora, ayudante médico. Cualquier cosa que le haga falta, ella se la solventa.

—¿Una especie de niñera?

—Más o menos.

—¿Y los profesores?

—Son los que efectuarán el tratamiento. Ya han montado su laboratorio-campamento. Por lo visto, los minerales naturales de este lugar les interesan extraordinariamente.

—Es cierto que son un poco especiales; emiten algunas radiaciones que Campano y yo hemos captado. ¿Por eso en el lugar exacto donde nos hemos posado no hay vegetación?

—Sí.

—Mucho me temo que Neil Rianch está gastando sus millones en balde. Si Peter es un cretino, continuará siéndolo hasta que se muera y su padre no va a conseguir cambiarle el cerebro. Tarde o temprano se descubrirá toda esta tramoya a base de sobornos, chantajes y quizá algún crimen para eliminar aun posible chantajista, que siempre surgen cuando hay una presa multimillonaria.

—Neil Rianch no consentirá jamás que eso se descubra.

—¿Y cómo lo va a impedir el día que él reviente y deje a su hijo en la galaxia sin su protección?

—No lo sé, buscará alguna forma.

—Pues yo creo que no va a encontrarla. Cuando regresemos a la Tierra le devolveremos a su hijo diciéndole: «Aquí tiene a su cretino, pero déjelo en paz vivir su vida, que él no tiene la culpa. Cuando usted se muera, se acabó el imperio Rianch, mal que le pese».

—Si le dices eso, no te lo va a perdonar.

Jordi Brell se encogió de hombros.

—Me importa un comino. Yo no trabajo para Rianch y aunque sé que puede crearme problemas con presiones, si las intenta iré a buscarle cara a cara y va a pasarlo mal, de modo que es mejor que no me presione porque puedo estallar y en la explosión se va a ir a la mierda él con todo su edificio.

—No te enfades, tú no haces nada malo. Sólo se trata de recuperar la mente de un idiota. ¿Lo conseguirán? Yo lo dudo, pero Neil Rianch no quiere perder la esperanza.

—Y el profesor Halfter, ¿qué demonios pinta en todo esto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú formas parte de la expedición, ¿no?

—Sí, pero no lo sé, te lo juro.

—Pero, ese tipo, ¿cómo es, por qué se esconde?

—Es un sujeto muy raro, se incorporó a la expedición a última hora. Quizá sea él quien tenga el secreto de este descubrimiento para conseguir que los idiotas se conviertan en súper-inteligentes.

—Mira, Sophia, tú lo sabes mejor que yo. Si Peter aún fuera un niño, podrían conseguirse mejoras, pero si ya está solidificado como hombre, ¿qué se puede hacer?

—Según la ciencia conocida, nada.

—¿Cuántos años tiene Peter?

—Treinta y dos.

—¿Lo ves? Nada, no se puede hacer nada, se ha llegado tarde. Un hombre de treinta y dos años con la mente de un niño de cuatro años, ¿no?

—Más o menos.

—No conseguirá nada.

—Por favor, no digas que yo te he contado todo esto. Si lo haces, me hundes.

—No temas, quedará como que lo he descubierto yo mismo, espiándolo. Así se creerán en la obligación de sobornarme a mí también.

—¿Y tú te vas a dejar sobornar?

—No, claro que no. Puedo callarme si veo que nada dañino se hace, pero si me entero de alguna anormalidad, esta lengua va a moverse tanto que Neil Rianch será incapaz de soportarlo.

—Lo mejor, como tú dices, sería dejar a Peter en un lugar apropiado para que viviera su vida de infeliz o feliz, quién sabe; donde nadie le molestara. Ahora, siempre vigilado por esos matones como Giano, Lampok y Percy…

—Bueno, creo que habrá que darles un margen para que intenten el milagro de la evolución de una mente idiotizada.

—Sí, hay que darles un margen en el que yo no creo.

—Entonces, ¿por qué has venido a este lejano planeta?

—Porque conocía el secreto. Se me contrató para estudiar psicológicamente a Peter. No se me dijo quién era, se me entregó una documentación falsa de él, pero Peter se encariñó conmigo. Su padre creyó que era indispensable para el control de su hijo y me propuso venir aquí.

—¿Y cuándo te enteraste de que era el hijo de Neil Rianch, el supuesto entomólogo superinteligente?

—Me quedé helada, como es lógico.

—¿Te ofreció dinero entonces?

—Sí, con mucho tacto, pero sí.

—Aceptaste, claro.

—No, no acepté y fue entonces cuando comenzaron las presiones. Me dijo que iba a quedarme sin empleo, que iba a volcar todo su imperio contra mí y que además ya no podría ir nunca por un lugar solitario porque alguien deseoso de cobrar un dinero caería sobre mí para… Es mejor que no continúe.

—De modo que te amenazó, te coaccionó.

—Sí, y yo también tengo miedo. Teniendo como enemigo al multimillonario Rianch, ¿dónde crees que puedo agarrarme?

Jordi Brell suspiró.

—No puedo reprochártelo, conozco los métodos de los tipos como el multimillonario Rianch. Si eres un obstáculo, te eliminan de una forma u otra.

—Cuando pueda, me alejaré de él. Te juro que no es el lucro lo que me retiene aquí.

Jordi Brell estaba seguro de que Sophia era sincera. Era la coacción y no el lucro lo que la convertía en la psicóloga de aquel montaje que ocultaba la verdadera personalidad del heredero de la fortuna Rianch.

CAPÍTULO X

Campano detuvo el atom-hovercraft frente al poblado de lo que Jordi Brell había dado en llamar las amazonas del planeta Okon.

—Diablos, si parece un bosque de casas. Cada copa de árbol artificial es una vivienda y eso no puedes verlo tú, Rigoletto.

—Negativo, negativo —replicó el robot mecano-electro-biónico que se hallaba sentado en el espacio posterior destinado para carga.

Mas Rigoletto, como robot que era, podía hacer girar su cabeza sobre el tronco trescientos sesenta grados y ciento ochenta; por lo tanto, no era ningún problema y con su ojo electrónico estaba mirando por encima de Campano.

—¿Qué espías, Rigoletto?

—Observo, observo.

—Entendido. Ahora, prográmate para captar sonidos a distancia, voy a salir. Si te llamo, aunque estés lejos, debes captar mi llamada y acudir. ¿Comprendido?

—Afirmativo, afirmativo —respondió la voz de bocina del robot que se quedaba sentado dentro del *cart* que se hallaba detenido frente al extraño poblado.

—No te pases de listo. Aquí, yo lo voy a pasar fenómeno, para eso he venido. Tengo unas cuantas horas libres y pienso divertirme. Al parecer, esto está lleno de hembras esperando a un terrícola como yo, seguro que como yo, aunque ya hayan visto a Jordi Brell.

Campano, buscando aventuras, salió del vehículo y miró en derredor. Todo parecía desierto, era como si el poblado se hubiera quedado vacío.

Campano, que ya sabía que era un poblado de mujeres, no tuvo ningún temor y se alejó de su vehículo caminando entre los gruesos

postes que sostenían las casas.

El suelo era hermoso y blando, una auténtica alfombra natural de hierba mullida.

Campano, socarrón, silbó como llamando a alguien.

—Eh, ¿no hay ninguna chica disponible para mí? Soy todo un fenómeno.

En plan fanfarrón, siguió avanzando, dejando muy atrás el vehículo con Rigoletto dentro.

De pronto, en una de aquellas casas que semejaban nidos para pájaros, pero que Jordi Brell había descubierto que estaban en alto para no ser devoradas durante el sueño por aquellos monstruos anfibios, apareció una mujer que lo miró.

Campano se detuvo y la observó.

Ella vestía sólo unas finísimas pieles que cubrían su pubis, pero no sus pechos, altos y turgentes, unos pechos que inmediatamente llamaron la atención del terrícola que, además, llevaba sangre mediterránea en sus venas.

Campano lanzó un sonoro silbido de admiración.

Al oír el silbido, la mujer debió pensar que era una forma de lenguaje del extranjero y le respondió con otro silbido, demostrándole que ella también sabía silbar.

—Mira qué bien, nos vamos a entender, preciosa. ¿Bajas tú o subo yo?

Ella se encogió de hombros; no era una respuesta como podía pensar Campano, si no un entender y no preocuparse, por lo que lanzó otro silbido que intentó imitar a algún pájaro.

—¿Así es como se invita a subir a la casa? Pues ahí voy… —exclamó Campano, un hombre ágil y que practicaba la gimnasia que se recomendaba a los cosmonautas.

Trepó por las estacas puestas a modo de peldaños en espiral ascendente en torno al tronco que se hundía en la tierra y que servía de sostén a la casa. La mujer de Okon le vio subir, primero perpleja y luego sonriente.

Campano llegó jadeante a la plataforma por la que se accedía a través de un hueco. Los peldaños eran incómodos, muy separados entre sí y excesivamente verticales.

—Bueno, preciosa, ya estoy aquí. —Bufó—. Menuda hembra…

Volvió a silbar y ella le respondió con otro silbido que más parecía un trino de pájaro.

—Como que Wessy sigue más fría que un glaciar en invierno…

Puso sus manos sobre la cintura desnuda de la indígena y la estrechó. El contacto con aquella piel suave, fina y cálida, le enervó.

La atrajo hacia sí y ella no protestó ni se asustó lo más mínimo. No creyó que en aquel contacto pudiera ser atacada o mordida.

Campano buscó ansiosa la boca femenina con sus labios y la encontró, la besó y notó una torpeza propia de su ignorancia.

—¿Eres virgen? —se sonrió—. Bueno, tú no me entiendes.

La mujer de Okon volvió a lanzar un silbido.

—Eso es que quieres más, ¿verdad? Si ya lo decía yo, soy un fenómeno y esto es sólo el principio, ya verás luego… Mejor no te lo cuento para que no te asustes, palomita.

Volvió a besarla estrechándola contra sí, pero a ella le había bastado un solo beso para aprender y el maestro en la caricia labial se vio desbordado, pues ella casi lo succionó.

Cuando separaron sus rostros, ambos tenían los labios rojos y los ojos encendidos. La mirada de ella había cambiado; era una mirada cargada de deseo, una mirada que no trataba de disimular.

—Uuuuuaaaauuuuh… Si en lo que seguirá aprendes tan rápido y te lo tomas con tanto interés, va a ser algo de circo…

La joven le cogió del brazo y le introdujo en aquella especie de cabaña que había que admitir estaba muy bien hecha. Artesanalmente, era casi una obra de arte.

Dentro, apenas había luz.

Todo lo componía una sola pieza y cuando Campano esperaba ver una cama o por lo menos una mullida piel donde tenderse ambos, ella le mostró a un ser muy raro y que era más gordo que alto. Sus adiposidades producían repugnancia.

Aquel ser no tenía un solo pelo en la cabeza ni se le veían por ninguna otra parte. Sus ojos eran muy redondos, de expresión estúpida.

La mujer le señalaba a aquel ser de edad indefinida y que Campano, desconcertado, no sabía cómo catalogar.

—¿Qué tratas de decirme?

La pregunta no debió entenderla aquella hembra, pero sí la intención, porque se separó de Campano y se acercó a aquel que parecía una aberración del género humano.

Le levantó el taparrabos, mostrando su sexo a Campano. A éste no le costó nada identificarlo.

—¿Esa birria es tu hombre? —preguntó.

La mujer, con su intuición, entendió perfectamente la pregunta, aunque no las palabras que tan extrañas eran para ella.

Campano se dijo que aquella mujer tenía perfecto derecho a sentirse frustrada y sin tomar en consideración ninguna de las normas que debían seguirse al establecer contacto con seres de otros planetas y a la vista de la gran desigualdad entre una hembra tan bella y perfecta y aquel varón tan repugnante, se inclinó hacia él. Lo agarró por las axilas y se lo llevó a rastras para sacarlo del *bungalow* elevado.

—Ya verás tú cuando lo deje afuera y nos quedemos solos…

Campano no pudo llegar a la puerta.

Allí acababan de aparecer más mujeres parecidas a la que él había besado. Todas lo miraban con deseo, un deseo sexual que ninguna se recataba en ocultar.

—Uaaaauuuuh, Campano… Me temo que el paraíso puede convertirse en un infierno.

Dejó despacito que había cogido por las axilas y, poco a poco, se apartó de él buscando algún lugar por donde escapar.

Mas el ventanuco era demasiado estrecho y la puerta estaba copada por una docena de mujeres que avanzaban hacia él y detrás parecían llegar más…

—Bueno, guapas, tranquilizaos. Yo os puedo hacer felices a todas, pero con cierto orden y tiempo, claro, hace falta tiempo. No os habréis creído eso de que soy un fenómeno, ¿verdad?

Ellas avanzaron más hasta que se lanzaron sobre él y le desgarraron la ropa con sus manos.

—¡Rigoletto, Rigoletto, ayúdame, ayúdame! —gritó con todas sus fuerzas.

—Afirmativo, afirmativo —respondió el robot mecano-electro-biónico dentro del *cart* atom-hovercraft.

Rigoletto abrió la puerta posterior de carga del vehículo y se apeó. Movió su cabeza en varias direcciones mientras unos intermitentes rojos se encendían en su pecho.

—Rigoletto en acción, acudo a llamada de urgencia…

Avanzó entre el bosque de postes como si fuera un perro siguiendo un rastro.

Vio a varias mujeres a las que no prestó atención. Ellas, a su vez, le observaron inquietas. Ante aquel monstruo mecánico que avanzaba hablando con voz de bocina, tuvieron miedo y se apartaron.

Rigoletto tendió una de sus manos-tenazas hacia el poste. Sin llegar a tocarlo, lanzó una carga de altísimo voltaje que quemó el tronco, con tal finura que parecía que lo hubieran serrado.

El mástil osciló con su casa arriba hasta que cayó, golpeando contra otros troncos, lo que hizo que se inclinara y rodara.

Al caer sobre la hierba, aparecieron varias mujeres, gritando asustadas.

—Rigoletto en acción, Rigoletto en acción… —seguía repitiendo con su voz de bocina hasta llegar a la cabaña destrozada, que él acabó de destrozar con sus manos-tenazas hasta hallar a Campano.

—¡Rigoletto, sácame de aquí! —chilló.

Con su fuerza excepcional, Rigoletto le ayudó a salir de entre las maderas.

Campano apareció desnudo y su cuerpo mostraba abundantes morados; posiblemente muchos de ellos no sufridos con los destrozos de la casa.

—¡Rigoletto, salgamos de aquí corriendo!

—Afirmativo, afirmativo. Rigoletto en acción, Rigoletto en acción.

Al ver que algunas mujeres corrían hacia ellos. Rigoletto disparó unos ultrasonidos por lo que podía ser su boca. No dañaron a las mujeres, pero las hicieron caer mientras todo semejaba temblar en torno de ellas.

Campano logró alcanzar el vehículo y meterse dentro. Suspiró de alivio y mientras Rigoletto regresaba, observó como desde lo alto de las casas, aquellas mujeres se arrojaban al vacío, sobre la hierba, a sus respectivos varones, todos ellos verdaderos monstruos desfigurados por la idiotez y las adiposidades.

—Caramba como se lo han tomado, es el fin de la casta de los tíos feos. Por lo visto han decidido revolucionarse. Lo malo es que yo me largo, sí, me largo, porque si me atrapan otra vez, me convierten en el semental de la tribu pero a su manera, que no es la mía…

Cuando Rigoletto cerró la puerta del *cart*, Campano, después de ver cómo aquellas mujeres decidían acabar con la especie degradada de sus varones, arrojándolos desde lo alto, decidió marcharse a toda pastilla, es decir, dando la máxima velocidad a su atom-hovercraft.

CAPÍTULO XI

Sarcástico, Jordi Brell rezongó:

—Estás hecho una pena, Campano.

—¿Y me lo dices tú? Yo creía que, además de socio, eras mi amigo.

Jordi Brell sonrió.

—¿Qué te han hecho, aparte de llenarte de morados?

—Por poco me comen vivo. Las pobres, con los hombres que tienen, es lógico qué se volviera locas al verme.

—Supongo que habrán respetado tus atributos viriles.

—Todavía me duelen —se lamentó.

—Si te duelen, es que todavía los tienes. Es una suerte, ¿no?

Se echó a reír. Campano puso un gesto de enfado, pero terminó riendo también.

—Te juro que ahora sólo me voy a preocupar de Wessy y le pondré cerco hasta que…

—Ándate con cuidado, ya sabes que con las mujeres no se puede gastar bromas.

Campano fue a darse una ducha y a reponerse del susto cuando apareció Giano, armado con un fusil corto de rayos incinerantes con el que no dudó en encañonar a Jordi Brell.

—Esta vez no vas a desarmarme.

—¿Qué pretendes, una pelea? —le preguntó el cosmonauta.

—Abre el telecomunicaciones, alguien quiere hablar contigo.

—¿Neil Rianch?

—Sí, el amo.

—Me parece que pronto cambiarás de opinión y vas a ladrar.

—Yo no soy ningún perro.

—Lo dudo. Tu amenaza no sirve de nada; si me sucediera algo a mí,

no regresaríais jamás al planeta Tierra.

—Te equivocas; Neil Rianch haría venir cosmonaves de rescate.

Jordi Brell comprendió que lo que decía Giano era cierto.

—Está bien, hablaré con tu amo, ya que has aceptado el puesto de perro. Y no lo haces del todo mal, hasta ladras.

—Si pretendes provocarme, no vas a conseguirlo. Cuando llegue el momento ya me lo cobraré todo, absolutamente todo.

Giano abrió el canal de telecomunicaciones a larga distancia y aparecieron primero los parásitos cósmicos; luces, rayas, sonidos extraños… Al poco, se fue perfilando una imagen, era Neil Rianch.

—Jordi Brell, ¿me oye? Jordi Brell, ¿me oye?

—Sí, le oigo, pero mi respuesta tardará mucho en llegar.

—Sé que ha descubierto que mi hijo es un idiota, pero para eso está en Okon, para dejar de serlo, los científicos le curarán. Mientras, si quiere usted congraciarse con él, cácele mariposas y otros insectos, eso le divierte mucho. Jordi Brell, le pagaré bien por su silencio.

—Mi silencio no tiene precio.

—No puede oírle, está muy lejos —objetó Giano—. Él envía sus órdenes sabiendo que le escucha, nada más.

—Si habla, si se va de la lengua —prosiguió Neil Rianch—, tomaré medidas contra usted y lo va a lamentar. No deseaba amenazarle, pero ya que ha descubierto cuál es el objetivo de la misión científica que ha viajado a Okon, también es bueno que sepa lo que hay, lo que puede ganar y lo que puede perder.

—Muy bien, Rianch, sé lo que me conviene. A su hijo no le sucederá nada, no tengo nada en contra de los idiotas, pero sí en contra de los que se creen que el idiota soy yo. —Y cortó la telecomunicación.

Giano, a su lado, sonrió sin dejar de encañonarle.

—Muy agudo, pero ya sabe cuáles son las órdenes de Neil Rianch.

—Muy bien; sin embargo, no creo que con los minerales raros que existen en este planeta y la emisión de microondas logren transformar a un idiota en un superinteligente. Todos los datos sobre Peter Rianch mienten, y pese a los sobornos y coacciones de su padre, un día u otro se descubrirá la verdad, mal que le pese al multimillonario Rianch.

—A él no le pasará nada. Tómeselo con calma, Jordi Brell; es muy posible que Peter deje de ser un subnormal y si no ocurre tal milagro, es lo mismo, habremos obedecido al que tiene el dinero.

Jordi Brell no contestó y Giano se alejó.

El cosmonauta miró por la ventana y pudo ver el pequeño campamento montado fuera de la cosmonave. Era del tipo hinchable y no muy grande, tendría unos doscientos metros cuadrados de capacidad y allí debía haberse instalado el laboratorio de experimentación.

—Pobre Peter… Van a hacerle sufrir para nada y todo porque un hombre ambicioso quiere que su nombre perdure después de su muerte, como si así consiguiera su propia inmortalidad. Necio entre los necios…

Abandonó la cabina que se hallaba silenciosa desde que se habían estacionado en aquel punto del planeta Okon.

Encontró a Wessy en un corredor. La detuvo con un gesto de la mano y le pareció que la chica tenía las mejillas arreboladas.

—¿Has visto a Campano?

—Ejem, bueno, pues sí que le he visto.

—Nada más verte lo he imaginado.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Nada, nada… Lo cierto es que yo sólo quería ver a Sophia.

—Supongo que estará en su camarote, hace ya mucho rato que no la he visto.

—Está bien, gracias.

Fue hasta el camarote de Sophia y lo halló cerrado.

—¡Sophia, Sophia, abre!

Nadie respondió. Iba a marcharse, pensando que la joven no estaba, cuando volvió atrás. Pegó su oído a la puerta y escuchó un ruido, muy débil, pero era un ruido.

—¡Sophia, Sophia, abre o me cargo la puerta!

Hubo unos instantes de silencio. Jordi Brell dio un ligero puñetazo sobre la puerta, como indicando que iba a embestir, mas la puerta se abrió. El rostro de la joven apenas se veía.

—Márchate, por favor, tengo jaqueca.

Sin tener contemplaciones, Jordi Brell empujó la puerta y entró, cerrando tras de sí.

—¿Qué te pasa?

—Jordi, por favor, márchate. —Ella ocultó su cara.

—Deja que te mire.

—No, no —suplicó Sophia, al borde del sollozo.

La miró y pese a la escasa luz, el hombre descubrió señales de golpes.

—Han sido ellos, ¿verdad?

—Por favor, no lo estropees más, ellos dominan la situación.

—Te han estado interrogando sobre mí, ¿no es cierto?

—Jordi, Jordi, no hagas nada, te lo suplico.

—Con razón sabían que yo conocía el secreto o parte del secreto.

—No he podido resistirlo. Giano y Lampok son salvajes golpeando y, después de todo, ¿qué más daba? Nos han visto demasiado juntos y han sospechado.

—Sí, el millonetis, como le llama Campano, se ha comunicado conmigo exigiendo silencio, sólo que él no se ha dado cuenta de que yo he descubierto otra cosa.

—¿Descubierto, el qué?

—¿Crees que te recuperarás de los golpes?

—Sí, no es nada grave, sólo dolor.

—Ese rufián se arrepentirá de lo que ha hecho.

—No, por favor, no pelees. ¿Qué ibas a conseguir?

—Darle lo que merece.

—Una guerra entre nosotros sería fatal, tan lejos del planeta Tierra.

—Yo no me siento perdido en el espacio.

La enlazó por la cintura y la besó en los labios. Sophia trató de eludir la caricia, pero acabó entregándose a ella, como buscando consuelo a su dolor, a su impotencia.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Ven.

—No, no puedo, con la cara que tengo…

—Mejor.

—No digas eso.

—Quiero que te vea.

—¿Quién?

—El culpable de todo.

—Te lo ruego, no insistas.

Jordi Brell la cogió de la mano y ella notó su fuerza, su firmeza, la seguridad que de ella emanaba, y no se resistió. Dócilmente, le siguió.

Jordi la llevó hasta su camarote donde tomó su pistola. Ella le miró significativamente.

—¿Qué vas a hacer, estás loco?

—Lo que voy a hacer, debí de hacerlo antes porque ya lo sospechaba, te juro que lo intuía.

—¿El qué?

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

La sacó del camarote y la condujo por un corredor. Descendieron una escalera. Después, el hombre la detuvo y le dijo en voz baja:

—Ahí está Percy, llámalo.

—¿Para qué?

—Llámale —exigió en voz baja pero acuciante.

—¡Percy!

El vigilante, que tenía su fusil corto incinerador, la miró y sonrió.

—¿Qué pasa?

—Ven, hay algo que quiero decirte.

—¿Más?

—Sí.

—Mejor —rezongó Percy, acercándose.

Al llegar a la altura donde el corredor giraba noventa grados, una mano apareció de pronto y con el canto le asestó un perfecto golpe de karate en la base de la nuca que lo hizo desplomarse sin sentido.

—¿Qué sucederá ahora? —se asustó Sophia.

Jordi Brell la arrastró hasta encontrar una caja metálica y lo metió dentro desarmándole.

—Ven conmigo.

Llegaron frente a un camarote cerrado al que Jordi Brell llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una voz distorsionada.

—Profesor Halfter —interpeló Jordi Brell, cambiando su tono de voz.

CAPÍTULO XII

—¿Quién es?

Jordi Brell apuntó con su arma a los cierres y, sin dudarlo, disparó.

De inmediato, empujó con su hombro contra la puerta, violentándola.

—¡Quieto, Rianch, quieto o disparo!

Tras una amplia mesa escritorio estaba el millonario Neil Rianch con la mano extendida para coger una pistola que no llegó a apresar.

—¡El señor Rianch! —exclamó Sophia, sorprendida.

—Jordi Brell, creo que se ha pasado usted —dijo sarcástico el multimillonario, como dando a entender que seguía dominando la situación pese a haber sido sorprendido.

—Conque el profesor Halfter, ¿eh? El misterioso profesor Halfter no era otro que Neil Rianch que no deseaba que nadie se enterase de este viaje.

—No es el primer viaje que realizo en secreto y tampoco será el último. ¿Qué se propone, Jordi Brell? Guarde su arma.

—¿Cree que voy a obedecerle? Vamos, Rianch, no soy ningún idiota como su hijo. Usted ha preparado toda esta comedia para engañarme incluso a mí. Ha hecho un decorado semejante al de su despacho en la Tierra para que yo me tragara que continuaba allí y no aquí. Ha provocado hasta parásitos como si la comunicación fuera lejana, pero se ha equivocado.

—¿Cómo? —quiso saber.

—Nadie podría haberse comunicado con usted para decirle que yo ya sabía que su hijo era un idiota.

—¿Ah, no? Aquí tengo sistemas de telecomunicación propios.

—Que no funcionan bien.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, palideciendo.

—Con un aparato de mi propia cosmonave, he provocado una interferencia parasitaria que hace totalmente imposible cualquier comunicación con el planeta Tierra desde aquí.

—Está bien, ya me ha demostrado que es usted muy sagaz. La verdad es que no confiaba en ocultar mi secreto hasta el regreso.

—Y ahora va a decirme por qué le han pegado a Sophia.

—¿Pegado? No sé, quizá Giano, que es un poco bruto, se ha extralimitado.

—Mírele, mírele la cara.

La joven trató de volverse para no poder ser observada.

—Bah, no es para tanto, se le pasará y yo sabré compensarla, sin embargo, quiero que quede claro que no me gusta que mis subordinados me traicionen.

—No traiciona quien está obligado a obedecerle bajo coacción.

—Una disquisición muy sutil pero que no me vale.

—Rianch, creo que ha llegado la hora de que alguien le dé una lección y va a ser la mayor de su vida.

—¿Una lección?

—Póngase en pie.

—¿Y si no le obedezco?

—Sentiré tener que dispararle.

—No se atreverá.

—Después de lo que le ha hecho a Sophia, ¿cree que no? —inquirió Jordi Brell con dureza.

—Está bien, negociemos como gente civilizada que somos.

—¿Negociar, para usted es comprar silencios?

—Todo tiene su precio.

—Se equivoca.

—Un millón si guarda su arma y se calla.

—No.

—Dos.

—No.

—Cinco.

—Si suelta una cifra más, le agujereo la cabeza con el dardo de mi pistola.

—No creo que se atreva.

Jordi Brell disparó su arma contra la pistola que estaba sobre la

mesa y que estalló de inmediato, lo que produjo ligeras quemaduras en la mano del multimillonario que se echó hacia atrás, levantándose rápidamente.

Jordi Brell efectuó varios disparos más sobre la mesa, destruyendo los paneles de Neil Rianch.

—¡No, no! —gritó exasperado el multimillonario, viendo que destruían sus emisores-receptores desde los cuales seguía controlando sus negocios en la Tierra.

—Andando.

—¿Qué se propone?

—Ya se lo he dicho, darle una lección.

Neil Rianch, frotándose la mano herida, preguntó:

—¿Qué clase de lección?

—Ya lo sabrá en su momento.

Salieron al corredor. En la caja cilíndrica, casi un cartucho metálico, daban golpes. Jordi Brell pidió a Sophia:

—Ábrele.

Neil Rianch, sorprendido, vio como Sophia abría el cartucho metálico y de su interior salió Percy como atontado.

—¿Qué haces ahí, idiota? —rugió el multimillonario.

—Yo no lo sé —balbuceó Percy, parpadeando.

Jordi Brell, que les apuntaba con su arma, ordenó:

—Ponte al lado de tu amo y camina.

Les condujo hacia la puerta cuando, de pronto, apareció Giano.

—¡Mátalo! —chilló de pronto Neil Rianch.

Giano se movió rápido y disparó su arma. Mas, Jordi Brell había cambiado de posición al tiempo que Rianch y el propio Percy se arrojaban al suelo para no ser tocados por los dardos flamígeros.

El disparo de Giano produjo un boquete en la pared que separaba el corredor de otra dependencia, pero Jordi Brell le acertó de lleno en el pecho haciéndole caer.

—Si le dice a alguien más que dispare, lo mato —advirtió Jordi Brell, amenazador.

El multimillonario se levantó trabajosamente.

—Jordi Brell, esto le costará caro.

—No siga amenazando, Rianch, sólo gasta saliva.

—¿Cuánto quiere? Al fin y al cabo, no le he hecho nada.

—¿Nada? ¿Cuántos han caído por sus coacciones?

—Sólo se va al infierno el que quiere chantajearme.

Lo empujó fuera de la cosmonave. Le hizo descender por la rampa a él y a Percy, el cual, después de ver morir a Giano, prefirió no arriesgarse.

Los condujo a la gran tienda hinchable dentro de la cual descubrieron a los profesores preparando algo. Junto a ellos, vigilando, se hallaba Lampok.

Sentado en una silla, atado y con unos electrodos en la cabeza, estaba el idiota. Ante él, sujeta en un atril, tenía una caja de mariposas que Peter Rianch contemplaba babeante. Era la primera vez que Jordi Brell le veía tal cual era, sin el casco.

—¿Y usted cree que va a cambiarlo?

—¡Cambiará!

—No lo conseguirá jamás. Su fortuna terminará siendo del Estado, es decir, de todos. Ya ve de qué poco le habrá servido.

Lampok interrogaba con los ojos al multimillonario y al propio Percy para saber lo que debía de hacer.

—Que nadie cometa ninguna estupidez —ordenó Jordi Brell.

Observó los aparatos y disparó contra alguno de ellos, haciendo que los dos antipáticos científicos se llevaran las manos a la cabeza.

—¿Qué hace? —exclamaron.

—Hay chismes por aquí que no quiero que funcionen.

—¿Por qué?

—No se lo voy a decir. Lampok, deje caer su arma.

—¿Y si no quiero?

—Giano ha muerto, que te lo diga Percy.

—Lampok, si lo matas te doy diez millones —exclamó de pronto Neil Rianch.

—¿Por qué no lo intentas, Lampok? —le desafió el propio Jordi Brell —. Puedes ganar diez millones, ya lo has oído. Giano no ha podido cobrarlos porque ya está muerto…

Lampok dejó caer su arma y Jordi Brell le pidió a Sophia:

—Cógela y que nadie se mueva. Por cierto, Rianch, su hijo podría divertirse mucho en este planeta donde no sería el único idiota. Creo que sus científicos sólo tratan de sacarle el dinero porque aquí, los cretinos se vuelven más cretinos. Yo no los he visto, pero Campano sí.

—No es posible.

—¡No es cierto! —chillaron los científicos.

—Aquí, los varones son estúpidos y degradados físicamente, en cambio, hay mujeres espléndidas que suspiran por hombres bien formados. ¡Suerte!

—¿Qué quiere decir?

—Vámonos, Sophia.

—Espere, Jordi Brell —le retuvo Neil Rianch—. ¿Qué trata de decir?

—Se lo explicaré luego.

La pareja retrocedió hasta salir del barracón hinchable donde quedaban los demás.

—Eh, Jordi, mira.

A lo lejos vieron a una mujer indígena que observaba sin atreverse a seguir adelante.

—Condenadas, lo que hace el deseo…

—¿Qué deseo?

—Ya te lo contaré. Han conseguido cruzar el río, supongo que con piraguas, troncos o balsas, son hábiles artesanas con la madera y las pieles. Vámonos, hay que salir de aquí.

—¿Adónde?

La condujo por la rampa hacia el interior de la *Diamond-222* y dijo:

—Llama a Campano, dile que nos vamos.

Jordi se encargó de recoger los despojos humanos de Giano y arrojarlos fuera de la cosmonave. Después, pulsó el botón para esconder la rampa que daba acceso a la puerta.

—¡Nooo, no os marchéis! —gritó Neil Rianch saliendo del barracón e intuyendo lo que Jordi Brell se proponía.

—Ahí se acercan las amazonas, Neil Rianch. Si sirve, aún podrá tener hijos, pero me temo que no va a poder legarles ninguna herencia.

—¡No va a dejarme aquí!

—Sí, se va a quedar aquí y en el barracón no tiene ningún emisor para comunicarse con la Tierra, de modo que les deseo suerte. Hembras para reproducirse no les van a faltar y si su hijo se divierte cazando insectos, déjelo en paz, a lo mejor encuentra una mariposa que le hace más gracia que las otras. Quien sabe, a lo mejor le hace a usted abuelo antes de lo que se piensa…

—¡Nooo!

Neil Rianch se agarró a la rampa, pero no pudo sostenerse, la rampa se escondió y el multimillonario cayó al suelo.

Jordi Brell cerró la puerta y se dirigió a la cabina de pilotaje. Allí

estaban Campano, Sophia y la propia Wessy.

Rigoletto andaba preparando los camarotes, sin saber que se había reducido el número de viajeros.

—Jordi, ¿es cierto que nos vamos ahora? —preguntó Campano.

—Sí, salvo que prefieras quedarle con las amazonas.

—¡Noo! —Enlazó a Wessy por la cintura—. Ya tengo a una y con una me basta, esas amazonas parecen ninfómanas. Creo que lo que me ha sucedido no voy a olvidarlo en la vida.

—Pues, ellas están abajo ahora.

—¿Y qué vas a hacer?

—Dejar en Okon a Percy, a Lampok, a dos profesores de no sé qué, a un idiota y a un multimillonario que a fuerza de creerse listo ha resultado más idiota que su hijo.

—¿Los vas a abandonar en serio?

—Sí, para siempre. No tienen posibilidades de regresar a la Tierra ni de comunicarse. Que empiecen una vida primitiva con las amazonas, Neil Rianch necesitaba una lección y va a recibirla.

—¿Y si preguntan?

—¿Quién?

—No sé, en la Tierra.

—Ha venido en total secreto, nadie sabe que está aquí, de modo que habrá desaparecido.

La cosmonave *Diamond-222* comenzó a elevarse en vertical con gran poder de sus motores mientras todos se apartaban para huir de la energía calorífica que despedía.

Poco después, se perdía en el cielo del planeta Okon mientras las amazonas rodeaban el barracón donde se habían refugiado los terrícolas, allí abandonados a su suerte.

De pronto, una de las amazonas comenzó a silbar como un pájaro.

—Mira, mira, es la misma que me cazó a mí —exclamó Campano que la observaba a través de la pantalla de teletrivisión.

—¡Felices reproducciones! —deseó Jordi Brell, añadiendo—: Esta cosmonave es grande, hay sitio para que dos parejas puedan estar solas sin tropezarse. ¿No es así, Campano?

—Sí, claro que sí. Anda, Wessy, preciosa, vente conmigo.

—¿Adónde?

—Tengo una magnífica colección de mariposas que deseo enseñarte.

Cogiéndola por la cintura, se la llevó riendo y cruzó los dedos

deseando suerte a Jordi Brell que se quedaba con Sophia mientras la cosmonave *Diamond-222* surcaba los espacios interestelares de la Galaxia de regreso al planeta Tierra.

F I N

